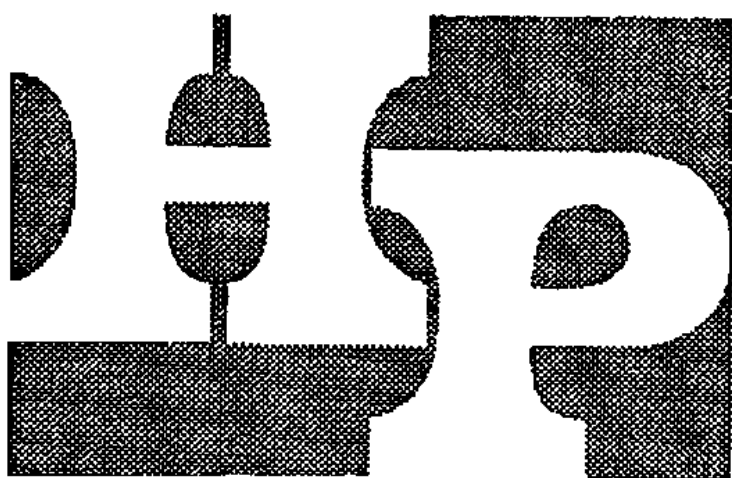


Keith Luger

DOS BUZOS EN EL OESTE





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

DOS BUZOS EN EL OESTE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 142
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B . 31564-1972

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: setie., 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Los tres jinetes se movían acompasadamente sobre las sillas y en sus rostros se reflejaba el buen humor.

El jinete del centro llevaba un extremo de la cuerda atada a la pera de la silla y de cuando en cuando daba un tirón y decía volviéndose hacia atrás:

—Vamos, Kiff. Mueve esas piernas o tendré que llevarte a rastras.

Al otro extremo de la cuerda, un viejo de sesenta años boqueaba por la falta de aliento y se arrastraba dificultosamente sobre las botas haciendo esfuerzos sobrehumanos para no venirse al suelo.

—¡Pensad en vuestro padre, muchachos! ¡Tened piedad de mí!

El jinete del centro se revolvió y le soltó un escupitajo sonriendo.

—Da la casualidad de que no tenemos padre.

El jinete de la derecha soltó una risotada.

—Esta vez has estado muy bien, Mac. ¡Apuesto a que ahora invoca a nuestra tía Eulalia!

Los tres jinetes entremezclaron las carcajadas.

Sin embargo, el de la izquierda era el que reía menos. Mac hacía esfuerzos para ser ocurrente para que el tipo serio riese también.

—Bien, chicos; ¿qué os gustaría que le hiciésemos a este viejo bastardo para pasarlo mejor?

El que estaba a la derecha de Mac pestañeó rascándose la cara con un dedo de la uña muy sucia.

—Ya está claro, muchachos. Lo mejor será que lo tiremos al lago.

—¡Cáscaras! —exclamó Mac—. ¡Tampoco es mala la idea!

El viejo Kiff perdió pie al tropezar con una piedra y cayó

pegando gritos. Los guijarros puntiagudos le asaetearon el abdomen y tuvo que dar un salto para ponerse en pie ante el tironeo inmisericorde de Mac.

—¡No, muchachos! ¡El lago, no! ¡La impresión de ese baño me llevaría a la tumba…! ¡El agua es mala para el reuma!

Los jinetes hicieron un pequeño alto al sentirse contorsionados por la risa. Habían dado en el clavo.

Mac guiñó un ojo en medio de la hilaridad.

—¿Qué te parece, Jock? —dijo al tipo serio—. Si esta vez no te ríes de veras es porque no quieres.

Jock no podía aguantarse sobre la silla. Por fin, el bueno de Mac había conseguido ponerlo a tono.

—Muchachos —dijo con voz ronca— con vosotros se reiría una momia apolillada.

La voz del viejo sonó más llena de terror.

—¡Muchachos, nunca os hablé de mis ahorros! ¡Tengo un rinconcito para cuando sea viejo…!

Mac se sujetaba el vientre y gruesas lágrimas rodaban por sus fláccidas mejillas.

—¡Ya sabía que nos iba a salir por ahí!

Jock volvió a malhumorarse.

—Oiga, abuelo legañoso, ¿a quién piensa engañar? Le hemos revuelto su pocilga y sólo hemos encontrado un bote con colillas que recoge en el Club Ganadero.

—¡Os digo la verdad! —gritó Kiff—. ¡Tengo dinero!

Mac hizo una mueca de diversión.

—Ande, abuelo; ahora cuéntenos otro cuento con más realismo. Los viejos tienen especialidad en las historias.

Kiff jadeaba con el rostro lleno de polvo.

—¡Hijos míos! ¡Vosotros ya sabéis que el negocio de lombrices para pescar me ha ido viento en popa estos últimos tiempos! ¡Tengo dinero! ¡Dinero, muchachos! ¡Y todo para vosotros si me dejáis en paz!

Mac se dirigió al de la derecha.

—¿Lo estás oyendo como yo, Ricky? Pretende que tiene ahorros conseguidos con la venta de gusanos para los pescadores.

Ricky, que tenía la risa más fácil, rió pegando saltos en la silla.

—¡Eso sí que es un buen chiste! ¡Dinero conseguido con ese

repelente negocio…!

Jock estaba muy cejijunto.

—Lo que de veras me pondrá en trance de carcajearme es cuando lo dejemos caer dentro del agua.

—Y además —apuntó Mac—, atado y con una piedra al cuello. Hace tiempo que no hemos liquidado a nadie así.

Kiff pareció más ágil con las piernas y empezó a saltar detrás de los caballos, pero era de espanto.

—¿Vais a matarme, hijos? —exclamó con un gallo de terror en la voz—. ¿Por qué, muchachos?

Mac guiñó un ojo a sus compañeros anticipándoles lo que creía una estupenda ingeniosidad.

—Usted se ha portado muy mal con las lombrices, abuelo. Ahora tiene que morir.

Mac, Ricky e incluso Jock se llenaron de alborozo.

Los gritos del viejo Kiff eran más agudos.

—¡No me matéis, muchachos! ¡Me moriré solo! ¡Estoy lleno de achaques! ¡Reuma, catarro y un montón de cosas más!

Mac sentenció con una cabezada:

—Fuera de historias, Kiff. Al agua de cabeza.

El viejo vio de pronto la superficie brillante del lago y un grueso nudo se formó en su garganta y la nuez le bailó dentro del pellejo del cuello.

—¡No!

Mac, Jock y Ricky echaron pie a tierra.

Mac desató la cuerda de la pera de la silla y la fue cobrando con el viejo renqueando al otro extremo.

Kiff tenía los ojos cerrados y sus labios se movían en una silenciosa oración.

De pronto abrió un ojo y aprovechó un ligero descuido de los tres hombres.

Dio un tirón con las manos atadas y arrancó la soga de entre los dedos de Mac.

El grandullón Ricky soltó un juramento al ver al viejo correr sorprendentemente con sus piernas encorvadas.

—¡Agujeréale un tobillo, Mac! —gritó.

—No, muchachos. Esperad…

Mac empezó a correr poniendo todo el ritmo de que era capaz

con sus largas piernas.

El viejo le había sacado ventaja de unas quince yardas que no justificaban el empleo del «Colt» ni de los caballos para poder recuperarlo.

Mac le cortó el paso por un alto de piedras y desde allí saltó.

Consiguió pisar el extremo de la cuerda que arrastraba el viejo Kiff y con ello le puso el freno.

Kiff dejó de correr en seco y cayó con un entrechocar de huesos.

Mac lo recuperó y lo hizo retornar adonde, estaban los otros dos sujetos.

—Esto le va a costar más caro, abuelo —gruñó—. Ahora lo tiraremos dentro del agua con la boca llena de barro.

Ricky sonrió.

—Tengo algo mejor. ¿Por qué no le dejamos sueltas las piernas tal como está? Al intentar quedar a flote con los remos traseros, tardará en hundirse y la diversión durará más.

Jock abrió la boca por primera vez en largo rato y se le veía ya muy serio.

—Lo que sea, pero aprisa. Empiezo a aburrirme.

Mac envolvió al viejo con la misma cuerda que lo habían arrastrado y lo dejó atado como un ovillo, a pesar de los gritos de protesta y las zapatetas.

—¡Os arrepentiréis toda la vida, muchachos! ¡Tendréis pesadillas por mi muerte!

Mac le hizo un nudo bien hecho.

—Dormimos siempre a pierna suelta, abuelo.

Lo empujaron entre los tres.

Kiff resbaló en el barro de la orilla y movió las piernecillas como si fueran a vapor, pero no podía recular.

Mac, le ató una gruesa piedra, preparada entretanto por Ricky, y le dio el empujón definitivo.

Kiff abrió la boca y los ojos al hundirse.

—¡Socorro…! ¡Socorro! ¡Soco…! *¡Glub…!*

Los tres individuos se mondaban viendo los desesperados esfuerzos del viejo para ponerse a flote, pero finalmente Kiff fue engullido por las aguas dejando burbujas en la superficie.

Jock endureció el rostro.

—Poco ha durado —dijo.

Mac sonrió, entornando los ojos pensativamente.

—Es lo que pasa con lo bueno.

Empezaron a darse la vuelta hacia los caballos cuando oyeron un chapoteo.

Mac pensó que era imposible que el viejo hubiese vuelto a flote y lo que vio le llenó de estupor.

Ricky estaba distraído pasando la hebilla del caballo y tardó en volverse ante los codazos insistentes de Jock, quien tampoco podía hablar a causa de la sorpresa.

Fue Mac quien primero recuperó el uso de la palabra.

—¿Qué demonios es eso, muchachos? —gritó.

Apuntó con un dedo a una extraña forma que empezaba a emerger del agua.

Los tres hombres se quedaron boquiabiertos.

La superficie del agua era atravesada por una bola metálica que iba saliendo poco a poco. Algo parecido a una esfera de las mismas dimensiones que un cubo corriente.

Luego apareció algo más estrecho debajo de la bola y casi a continuación, a medida que iba saliendo, lo estrecho se ensanchó a la misma medida que los hombros de una persona.

Ricky abrió la boca y graznó:

—¡Manos a los revólveres! ¡Es un monstruo…!

Mac atajó la intención con un gesto enérgico sin quitar la vista de lo que iba saliendo del agua, a pocos palmos de la primera bola.

Otra esfera iba creciendo lentamente al salir y mostró las mismas características de la primera aparición.

Mac retrocedió perplejo y exclamó:

—¡Infiernos, son dos buzos! ¡Dos buzos!

CAPÍTULO II

Los dos buzos nadaron lentamente hacia ellos, en dirección a la orilla, después de mover los dedos a semejanza del lenguaje de los sordomudos, ya que no podían dialogar a causa de las escafandras.

Cuando pisaron tierra firme, el buzo más grueso se quedó en segundo lugar, mientras que el otro, más ágil, dejó caer las manos y se quedó mirando detenidamente a los tres sujetos.

Entretanto, la voz del viejo Kiff se escuchó unas matas más allá.

—¡Cuidado, buzos! ¡Son tres pistoleros!

Mac, Jock y Ricky bajaron instintivamente las manos hacia los revólveres.

Un mismo pensamiento pareció cruzar las mentes de los tres pistoleros. El viejo había caído cerca de los dos buzos mientras éstos estaban inexplicablemente en el fondo y se apresuraron a sacarlo a flote poniéndolo entre las matas de la orilla más seca.

El buzo más esbelto observó el movimiento de las manos hacia las armas y entonces bajó los dedos de la mano derecha y rasgó una delgada bolsa impermeable que dejó al descubierto un «Colt».

Mac sonrió siniestramente al darse cuenta de que estaba ante hombres normales y no ante monstruos.

—Chicos —dijo por la comisura de la boca—, hoy estamos de suerte.

Ricky sonrió un poco más calmado.

—Ya te comprendo, muchacho. Quieres decir que lo último que faltaba en este mundo en nuestra colección eran dos buzos. ¡Buzos, infiernos!

Mac asintió con las pupilas brillantes.

—Y apuesto a que están aquí sin permiso del jefe. ¡Madre mía cuando se entere el patrón!

El buzo más bien plantado se acercó hacia los tres hombres sin quitar los dedos de la culata del revólver.

Con la otra mano se despojó de la mirilla de cristal por el sencillo procedimiento de desenroscarla de la escafandra.

Por allí asomaron unas pupilas negras brillantes e inteligentes.

También se escuchó una voz bien modulada.

—Señores, venimos en son de paz.

Mac tomó la palabra.

—¿De qué honduras han salido ustedes?

El de la escafandra entornó los negros ojos.

—Hacía apenas diez minutos que habíamos procedido a la inmersión cuando vimos caer a este anciano.

—A nosotros nos van a dar un premio en la sociedad pesquera. Tiramos a un viejo delgado como una lombriz y, mira por dónde, pescamos a dos buzos.

Jock abrió la boca y profirió la más divertida carcajada del día.

—¡Recanastos, chico! ¡Esa frase me la apunto!

Los tres tipos rieron con más ganas después de la impresión recibida.

La escafandra del de los ojos negros se movió remedando un gesto de pesar.

—No queremos complicaciones, amigos.

—Amigos, ¿eh? —dijo Mac controlando la hilaridad—. Lo hubiéramos sido si colaboran de sorpresa en el hundimiento del viejo. Pero ¿sabe una cosa, buzo?

—No sé esa cosa, amigo. Debajo del agua llegan pocos chismes.

—Es la siguiente. Ustedes están ahí por las buenas, sin permiso del patrón, y que me cuelguen si no nos obsequia cuando se entere de que los hemos pescado. Además los ahumaremos.

Mac se tocó significativamente el arma que le colgaba del cinturón.

El buzo grueso reclamó la atención de su colega, golpeando con energía el interior de la escafandra. Todavía respiraba por el tubo de arriba.

Los cuatro se volvieron hacia él y vieron a través del cristal de la mirilla que sacudía la cabeza con desesperación para disuadir al buzo joven de las diferencias planteadas.

Mac sonrió irónico al de los ojos inteligentes.

—Parece que su colega tiene menos agallas que usted. ¿Esos gestos que hace no quieren decir que se metan en el lago de cabeza?

El buzo interlocutor de Mac asintió:

—Mi amigo Pat dice que bajemos por el insecticida y nos echemos los polvos corriendo. Tiene miedo de que ustedes nos peguen las pulgas.

Mac arrugó la cara en una mueca.

—Sí, ¿eh?

—No sabe el trabajo que da una pulga dentro de la escafandra.

Ricky intervino con una risotada.

—¡Infierno, estos buzos tienen chispa!

Mac se revolvió.

—¡No te rías, estúpido!

—Oh, bueno.

Mac miró otra vez al buzo con redaños.

—¿Sabe a lo que se expone hablando así?

El buzo gordo no dio tiempo a su compañero para contestar. Acababa de desenroscarse la mirilla y por allí gimió:

—¡Por favor, Benny! ¡Yo no quería subir…! ¡Inmersión!

—Nada de inmersión —desestimó el buzo Benny.

El viejo Kiff debió ver las cosas feas porque en aquel momento empezó a chapotear por entre los juncos de la orilla y quiso largarse en dirección contraria.

—¡Quitaos el plomo de los pies y venid conmigo corriendo!

Benny no se movió del sitio.

En cambio. Mac se dio vuelta.

—¡No corra, Kiff, o lo dejo seco de un tiro!

—¿Seco? —graznó el viejo y se dejó caer en el agua sin fuerzas.

Benny ladeó la escafandra para contemplar mejor al pistolero.

—Amigo —dijo— nosotros nos vamos a marchar con el viejo y ustedes se van a estar quietos. No nos meteremos con nadie.

Mac guiñó un ojo a sus compañeros.

—¿Veis? Éste sí que es un chiste bueno.

—Dale la réplica, Mac —dijo Ricky, sonriente.

Mac asintió y se volvió hacia el buzo de cintura estrecha y anchos hombros.

—Mire, Benny; nosotros tenemos otra proposición mejor.

—No se la deje en el buche —dijo Benny.

—Vamos a equilibrarlos.

—Descífremelo.

Mac abrió la boca suspirando.

—Ustedes llevan suelas de plomo para sumergirse y así quedar de pie en el fondo.

—Ajajá.

—Pues bien, Benny; nosotros les vamos a dar el contrapeso. ¿Ya me entiende?

Benny quiso rascarse la oreja, pero se detuvo al pensar que tenía la escafandra puesta.

—Comprendo. Ustedes saben que tenemos plomo por debajo y ahora nos quieren dar plomo por arriba.

—¡Caliente!

—¿Se refiere al plomo?

—Me refiero al plomo y a que acertó. Y fíjese por donde, nosotros tres tenemos interés en que usted sea el primero en pasar por el experimento. Vamos a dejarlo horizontal ahí abajo, en el agua.

Jock exclamó impaciente:

—¡Ya me estoy aburriendo!

Mac le guiñó el ojo.

—Pues ahora te vas a divertir… ¡Sí, ahora!

Los tres forajidos tiraron de las armas a un mismo tiempo, como si el gesto lo hubiesen ensayado un montón de veces.

También dispararon al mismo tiempo, pero en esta ocasión sus estampidos se mezclaron con los de un revólver nuevo: el del buzo más flexible.

Benny dio una voltereta en el suelo aprovechando la redondez de la escafandra y, mientras daba la vuelta, no dejó de hacer funcionar el «Colt».

En cambio, la triquiñuela desconcertó una fracción de segundos a los agresores y trataron de ensartarlo con un nuevo intento.

Sin embargo, aquel desconcierto les perdió.

Mac recibió un plomo en el lagrimal derecho y el ojo le salió disparado. Pero no le dolió nada, porque la bala fue muy rápida hacia su cerebro y lo anestesió hasta el día del juicio.

Jock notaba que la cara se le ponía más larga cada vez, y al sentir una rigidez en el cuerpo entero, llegó a la conclusión de que

se estaba muriendo y optó por morir con la sonrisa en los labios.

En cambio, Ricky tuvo menos suerte. Como era el último le entraron los proyectiles apareados en el estómago y notó que desde allí le subía un campanilleo doloroso hasta el cerebro y se quedó aullando hasta que perdió las últimas fuerzas.

Las ranas del lago se escucharon con mayor intensidad en el largo silencio que siguió al tiroteo.

El viejo Kiff asomó la cabeza entre los juncos y se cubrió con ellos los ojos apresuradamente al ver la matanza. Se oyó un chapoteo.

Benny permanecía tendido en el suelo, la escafandra ladeada y el «Colt» humeante en la mano derecha, apuntando al vacío.

Pat trataba de arrancarse la esfera de metal, al olvidarse que se desenroscaba, y temblaba de la impresión.

Benny se despojó de la escafandra lentamente y se puso en pie.

Tendría unos veintiocho años, era moreno, de cabello muy negro y rostro de facciones correctas y astutas. Se aclaró la voz y dijo:

—Se acabó por ahora la inmersión. Hoy nos hemos metido muy hondo. Mucho.

CAPÍTULO III

Pat Cucord frisaba en los treinta y cinco años y era muy corpulento, de la misma talla que Benny, pero mucho más grueso.

Vació *whisky* en el cuenco de la mano y reanudó las fricciones en las piernas esqueléticas del viejo Kiff, sin que notara la utilidad. Levantó la cabeza hacia Benny, quien ahora vestía una camisa seca en vez de la casaca impermeable de buzo.

—Oye, Benny; este viejo no reacciona.

Benny arrojó la colilla del cigarrillo por la ventana de la cabaña.

—Aplícale el gollete en la boca —dijo—. Aunque la última vez que vi al viejo Kiff tenía yo quince años, todavía me acuerdo de que las fricciones le iban mejor por dentro.

Pat gruñó y dejó caer un chorro de licor en la boca abierta del viejo.

Kiff no se atragantó, sino que pareció volver a la vida de un golpe. Se incorporó en la mesa.

—¡No, Mac!, ¡no!

Pat lo sacudió por los hombros.

—Vamos, abuelo. Mac ya no dará más que hacer. Descansa en paz.

El viejo se hizo cargo de lo que le rodeaba y pestañeó al ver a los dos hombres.

—¡Muchachos, os debo la vida…!

Benny torció la cara.

—No se ponga melodramático, Kiff.

—¡Si es la verdad!

Benny consultó a su amigo con la vista respecto a la recuperación del viejo y Pat asintió con una mueca.

Benny entornó un ojo.

—Con que nos ha tomado el pelo; ¿eh, Kiff?

El vejete abrió los ojos.

—¿Yo?

—Sí, abuelo usted nos manda llamar desde Matagorda donde tenemos un asunto candente entre manos y estamos a punto de convertirnos en dos héroes nacionales. ¿Qué hace usted? Nos promete riquezas y fastuosidades hablándonos de no sé qué lago que encierra un secreto, cuyo secreto puede traducirse en dólares. Luego nos dice que seremos bien pagados en el caso de que fallara algo porque usted vive ya en la opulencia, y finalmente, que Lake City, este lugar, nos convenía para descansar unos días de nuestras agitaciones en la ciudad. ¿Qué hay de cierto en todo eso?

El viejo estaba con la boca abierta y no pudo decir nada.

Pat se le adelantó con un cabeceo de angustia contenida.

—En eso no hay nada de cierto.

Benny se acercó inflexible y sacudió el dedo índice ante el viejo.

—Nada cierto, abuelo.

Kiff saltó de la mesa y se colocó en el suelo en un alarde de ligereza.

—¡No podéis decir eso muchachos! ¡Es injusto!

—¿Dónde está la felicidad y la opulencia?

Kiff alargó el cuello.

—¡En el lago!

—¿Dónde la paz?

—¡En el lago!

Pat retorció los labios en una sonrisa de amargo sarcasmo.

—Se refiere a la paz en el lago cuando nos echen dentro de cabeza, Benny. Muchacho, le acabo de hacer la ficha a este viejales.

—¡No digáis eso, muchachos! ¡Ya os explicaré…!

Benny suspiró roncamente en un gesto de paciencia.

—No tiene que explicarnos nada importante, Kiff —dijo—. Cuando llegamos aquí, usted estaba cogiendo las lombrices en el otro lado del lago y nos hicimos cargo de todo. Mac y sus chicos dijeron la única verdad en su vida cuando hablaron de que sólo había aquí un bote con colillas y varios calcetines viejos. Usted no tiene un centavo.

—¡Soy un hombre rico en potencia! —protestó Kiff.

Benny le enseñó los dientes blancos.

—No sabe las cosas que somos Pat y yo… en potencia. Incluso senadores.

—Vaya que sí —cabeceó Pat malhumorado.

Benny se aclaró la voz.

—En cuanto a un lugar pacífico, ya está descartado. La primera vez que lo hemos visto estaba en manos de esos sujetos, mejor dicho, había salido de las manos de esos sujetos y estaba tragando agua.

—Bastardos…

Benny prosiguió:

—Como no le encontramos a usted, recién llegados, Pat y yo quisimos aprovechar el tiempo nos decidimos a echar una ojeada ahí abajo del lago. ¿Tengo que decirle que sólo encontré ovas y ranas?

Kiff se aferró con fuerza al canto de la mesa.

—¡Tiene que estar ahí!

—¿Qué demonios tiene que estar ahí, abuelo?

—¡La bicoca, la suerte, el botín…! ¡Infiernos, no sé exactamente qué debe ser!

—No lo sabe, ¿eh?

Kiff se humedeció los labios apresuradamente.

—Verás, muchacho. Mi socio, el pobre John, estaba en el ajo.

—¿Qué ajo?

Kiff sacudió la cabeza.

—Que me cuelguen si lo sé. Lo único que recuerdo cuando estaba a las puertas de la muerte fueron sus palabras: «Kiff, lo del fondo del lago es para ti todo». ¡Eso es lo que dijo el viejo John y debéis saber que John, yo y tu tío, Benny, fuimos carne y uña! John tenía el apodo de *el Sincero*. Sí, muchacho; *el Sincero* John no podía engañarme. Ahí abajo debe haber algo muy jugoso que no tuvo tiempo para describírmelo.

—Un galeón de oro que se hundió debido al oleaje —ironizó Pat, muy triste.

—¡No le tomes el pelo a un pobre viejo! —protestó Kiff, y atravesó la puerta del cuarto de al lado donde trasteó un rato.

Pat levantó los ojos hacia su socio.

—Muchacho, nosotros íbamos a cobrar buenos dólares en las reparaciones de los cascos de buques allá en Matagorda. Teníamos

un contrato. ¡Hemos estado borrachos al dejarnos seducir por la cartita del viejo lirondo y venir a jugarnos el pellejo!

—Algo debió pasarnos —dijo Benny.

Pat se sacudió las manos.

—A mí no, Ben. Ahora mismo cojo la escafandra y me largo.

—Estás cargado de razón.

—Si te he convencido, nos dejamos al viejo. ¡Adiós, abuelo!

Benny suspiró.

—Un momento, Pat. Recapacitemos.

—¿Con el plomo en aire? —dijo Pat amargamente—. ¡No quiero quedarme a que vengan parientes o amigos de esos pescadores de buzos! ¡Infiernos, me juego la escafandra!

—Todavía no te ha pasado nada, Pat.

Pat rió sin mucho entusiasmo.

—Ni me pasará, muchacho. A la próxima que vaya a pasarme yo estaré muy lejos. En Matagorda para ser más concreto.

Kiff retornó del cuartito contiguo.

—Bien, muchachos; estoy con los bolsillos vueltos al revés, es cierto. Pero hay una voz interior que me dice que pronto vamos a ser ricos.

Pat le sonrió amablemente.

—Esa voz me ha dicho tantas cosas en esta vida que cuando habla dentro de mí, la hago callar.

Kiff respiró con un silbido a causa del chapuzón.

—De todos modos, no perdéis demasiado tiempo. Después de un par de inmersiones, podéis volveros a vuestro punto de partida si no hemos encontrado nada. Total un par de días de descanso aquí.

—¿Quién pagaba a esos tipos? —preguntó Benny de pronto.

El viejo lo miró moviendo los labios arrugados.

—Lloyd Ballinger, un fulano de miedo, que es el que representa el dinero y la fuerza en Lake City.

Pat arrugó la nariz como si estuviera ante un arenque pasado.

—¿Te das cuenta, Benny? Ya la tenemos encima sin culpa. Ahora ese Lloyd Ballinger se tomará muy a pecho que le hayas tumbado a tres de sus chicos y querrá que las cabezas disecadas de dos honrados buzos le adornen la chimenea.

—Sí —musitó Benny—. Seguro que tiene esa clase de gustos. ¿A qué se dedica el ogro, Kiff?

El viejo pintó el desagrado en el rostro.

—A todo. Tiene un montón de negocios.

—Avaricioso, ¿eh?

—Prácticamente, él es quien controla las grandes empresas en Lake City.

—¿Qué relación tiene con el lago?

—La verdad es que ninguna que yo sepa, muchacho. Sólo que, desde hace algún tiempo se rumorea que piensa acondicionarlo y convertirlo en un lago de recreo para su propio uso.

—¿Está dentro de las tierras de él?

Kiff lanzó un escupitajo al encontrarse todavía un hierbajo del agua en la boca.

—El lago pertenece a la comunidad de Lake City. Da su nombre a la ciudad, y en otros tiempos de sequía se sirvieron de él para sacar el agua. Sin embargo, hoy está abandonado su uso y sirve para que la gente se bañe y pesque en el otro lado que da al río.

—Esta parte es la de su negocio, ¿eh, Kiff?

—Sí. Me dedico por entero a la recolección de lombrices que vendo a los aficionados a la pesca. Aunque parezca mentira, hago el gran negocio. Cobro un dólar cincuenta por cada bote de gusanos.

Benny inspiró aire muy profundamente.

—Bien, Kiff; en su carta nos dijo que teníamos que tantear el fondo del lago. ¿Qué espera que encontremos en este par de días?

El anciano juntó las cejas espesas como pinceles.

—Por las palabras sueltas del *Sincero* John, opino que el objeto debe ser algún cajón pequeño, botella o cosa parecida.

—¿Y ahí estará la fortuna escondida?

El dedo sarmentoso de Kiff pasó por debajo de la nariz.

—Debe ser algo muy valioso. John nunca quiso complicarse la vida. Tal vez temió que, con el hallazgo, Lloyd Ballinger se nos echara encima y empezara a hacernos la vida imposible.

Benny hizo una mueca.

—Y usted quiere ahora endosarnos el paquete.

Pat gruñó:

—Exacto, chico. Acabas de poner el dedo en la llaga.

Kiff pasó, la mirada de uno a otro.

—¡Vosotros podéis hacerlo, muchachos! Además de condiciones para rebuscar en el fondo, sois de los que saben resolver una

situación con energía.

Benny le dedicó una ojeada de reconvención.

—Emplee las verdaderas palabras, abuelo. Usted sabe por noticias sueltas que salimos de los líos por una simpatía de la fortuna.

Pat simuló una arcada.

—¿Qué te he dicho siempre, Benny? Esa mala fama que nos rodea no deja de meternos en tumultos desagradables. Y lo malo es que siempre van relacionados con plomo calentito. *¡Puaf!*

Kiff compuso un gesto de súplica.

—Por favor, muchachos. Tenemos la oportunidad de andar en carroza de oro. Yo estoy cansado de mis lombrices y me consta que vosotros estáis hartos de andar con esa calabaza de hojalata. ¿Vamos a despreciar la gran oportunidad de nuestras vidas?

Pat se aclaró la voz con suavidad.

—Mira, Benny. Ésta es mi opinión. Llevamos un trío de fiambres en la primera cuenta, y que me afeiten con un serrucho, si dentro de poco rato no tenemos a las huestes de Lloyd Ballinger sorteándose nuestros huesos. ¿Sabes qué voy a hacer? Déjame que lo diga yo mismo. Voy a largarme a todo gas hacia la estación, y espero que la escafandra y las planchas de plomo no me retrasen la carrera.

Hubo un silencio.

Benny estaba introducido en sí mismo, barajando pensamientos.

Por fin, alzó la cabeza y dijo en voz alta como si hablara consigo mismo.

—Vamos a traer la bomba de aire de la consigna de la estación. Montaremos el aparejo en poco rato y Kiff nos ayudará a darnos aire desde arriba mientras nosotros dos meneamos a fondo el cieno del lago. Después de esa inmersión a conciencia decidiremos si vale la pena quedarse. En caso contrario, tendrán que correr mucho los sicarios de Lloyd para poder alcanzarnos. Lo que digo es razonable.

Hizo una pausa y se quedó mirando a Pat y al viejo Kiff, en espera de contestación.

En aquel momento rasgó el aire un grito femenino.

CAPÍTULO IV

Pat dio un salto…

—¿Qué demonios es eso, infiernos?

Benny ya atravesaba de un salto el hueco de la puerta y apretó la carrera cuando vio a un carruaje que se bamboleaba peligrosamente a la orilla embarrada del lago.

—¡Equilíbralo por el otro lado, Pat! —gritó.

Se acercó con presteza a la parte del pescante y tiró de la barra con todas las fuerzas.

Una hermosa mujer morena volvió a gritar en el pescante y se hizo a un lado.

—¡Corra, écheme una mano antes de que me vaya dentro!

Benny abrió los brazos e irguióse.

En eso. Pat se daba un chapuzón por el otro lado para desinclinar el vehículo atascado.

La chica se resistió con otro grito, al sentir las manos del joven que la tomaron por la cintura para apearla.

—¡Suélteme…!

—Está en peligro, preciosa. Déjelo en nuestras manos.

Ella se mostró contraria a las palabras del desconocido.

Pero Benny la atrajo con fuerza.

Él y ella cayeron rodando por entre los juncos.

En eso, el vehículo crujió malignamente y volcó hacia el agua.

La chica se desasió de los brazos de Benny y gritó agudamente:

—¡Qué horror! ¡Voy a perderlo todo!

Benny la ayudó a ponerse en pie, aunque ella se lo quería echar de encima y la contuvo para que no se arrojara impulsivamente hacia el carromato que empezaba a caer en el agua.

La chica trató de alargar los brazos hacia las cajas que

resbalaban, aunque el carromato se había detenido en el barro.

—¡Voy a perder los trajes! ¡Los trajes!

Pat braceaba entre cajas flotantes, sin saber por cuál decidirse y echando chorros de agua por la boca.

Benny forcejeó en el vehículo.

—Apártese un minuto, preciosa. Se lo vamos a dejar todo en el sitio.

De paso, la contempló de arriba abajo. Se dijo que todas las cosas en ella estaban bien sujetas y en su correspondiente lugar. Tenía una cintura estrecha que ponía en relieve su busto prominente, firme y erguido. Sus piernas eran largas, bien torneadas, lo que se podía adivinar por la mojadura parcial del vestido que se le pegaba.

—¡Usted ha tenido la culpa! —acusó ella lanzando llamaradas por sus ojos negros.

—¿Yo? —se apuntó Benny al pecho, y al soltar el carro se bamboleó hacia el agua, atrapándolo de nuevo.

—¿Por qué tenía que ser tan duro de cabeza cuando lo vio todo y no acudió primero a los paquetes y cajas?

Benny alzó y bajó las cejas.

—Usted era primero qué nada.

La hermosa mujer levantó el labio superior dejando ver una hilera de dientes muy blancos.

—Ya vi que tomó muy al pie de la letra aquello de «deme una mano».

—Hice lo que pedía.

—Debí alejármelo de un puntapié. ¿No se dio cuenta de que yo estaba manteniendo el equilibrio de todo con el cuerpo?

—Eh… ¡Oh, sí! Vi algo. —Benny notó la boca seca al contemplar lo que la chica contaba como contrapeso—. Pero no caí… al pronto.

—Conque no cayó, ¿eh?

—La verdad. Sólo se me ocurrió ayudarle a usted a salir del aprieto.

Ella apuntó a las cajas del agua y a Pat nadando como una rana para recogerlas.

—¡Mire lo que ha conseguido!

—¿Qué lleva ahí tan valioso?

—¡Se trata de las ropas de mis clientes! ¡Toda pasada por la

máquina del planchado!

—¿De modo que tiene una tintorería?

La chica lo miró con sarcasmo.

—Es usted un tipo muy listo. Sí, tengo una tintorería.

Benny torció el labio y sacudió la cabeza.

—Vamos, Pat. Empieza a mandarme cajas por el aire.

El grueso amigo de Benny se mantuvo a flote y se las ingenió para lanzar una caja utilizando su potente derecha como catapulta.

Benny recogió el primer proyectil y lo depositó a los pies de la chica. Le guiñó un ojo.

—Somos especialistas en el rescate de cajas.

Las palabras se atropellaron en los labios de ella, pero Benny se volvió hacia Pat, quien ya catapultaba una segunda caja.

Luego una tercera, cuarta y así hasta que el agua quedó limpia del cargamento.

La muchacha jadeaba entretanto, cargando las cajas en el carromato que Pat puso en pie de un empellón desde dentro.

Los dos hombres acabaron de ayudar a la chica a amontonar el cargamento en su lugar.

Ella se apartó una guedeja de pelo sobre la frente y les dedicó una mirada de irritación.

—Bien, señores; gracias de todo y sólo les ruego una cosa para la próxima vez que me suceda esto.

Benny sonrió acercándose a ella.

—¿Qué cosa, preciosa?

La chica acabó de llenar los pulmones al máximo y gritó con todas sus energías:

—¡Que no se acerquen ni a cien millas de donde esté yo!

Antes de que Benny ideara una respuesta, la hermosa joven subió al pescante y arrancó con súbita violencia.

El carromato se perdió en la vecina colina.

La expresión de Benny estaba entre beatífica y soñadora.

—¿Tenemos algún traje arrugado, Pat?

Pat estaba entretenido en escurrirse la ropa y sacóse de la oreja un pegote de cieno.

—¡Ya sé por dónde vas, Benny! —vociferó el hombrón—. ¡Pero que me cuelguen si te voy a dejar acercarte a la muchacha! Siempre que aparece una mujer es cuando han dado verdaderamente

comienzo nuestras dificultades.

Benny se volvió hacia él con el rostro cejijunto.

—¿De qué te quejas, Pat? Todavía estás intacto.

—Por eso hablo, Benny. Estoy a tiempo. Cuando esté muerto careceré de la facultad de hablar.

Benny echó de menos al viejo y al mirar hacia la cabaña lo vio aparecer de pronto con un papel en la mano.

El anciano Kiff leía el papel y de pronto empezó a dar saltos acometido de risa, que más bien parecía el cacareo furioso de una gallina.

—Algo se baraja el viejales —mascullo Pat, preocupado.

Benny enarcó las cejas al ver acercarse a Kiff, quien daba zapatetas en el aire cada vez que repasaba el papel.

—Cuéntenos el chiste, abuelo. Pat está de cara larga.

El vejete apuntó con el dedo a uno y otro y cacareó de firme antes de poder hablar.

—¡Acabo de dar en el clavo!

—En el clavo, ¿eh? —Benny lo miró con simpatía—. ¿A qué clavo se refiere?

Kiff mostró el papel que parecía un mensaje.

—¡Voy a enviarle este anónimo a Lloyd Ballinger!

Pat arrugó la cara.

—¿No te lo decía, Benn?

Benny estaba muy interesado.

—¿Qué pasa con ese anónimo que va a enviarle a Ballinger?

—Aquí le digo que le están camuflando reses en la parte oeste y que si él y sus hombres tienen agallas, que prueben a enfrentarse con unos tipos de pelo en pecho que andan por aquel lado.

Benny cabeceó comprendiendo.

—Usted quiere que el grueso de la fuerza de Ballinger y el mismo pensamiento de Ballinger se distraigan por aquel lugar, mientras nosotros trabajamos a nuestro gusto por aquí y hurgamos el fondo del lago.

El vejete se mondó de risa.

—¡Acertaste, muchacho! ¡Pero, además, lo hago por ver si el tipo se muere de un ataque de rabia! ¡Cáscaras lo que me gustaría verle la cara! ¡Debe ser todo un poema…!

* * *

Lloyd Ballinger era casi un gigante. Su cara tenía facciones groseras, nariz achatada y labios muy gruesos y salientes. Sus ojos parecían dos avellanas sin brillo, que se movieron rápidamente dentro de las órbitas contraídas al leer por décima vez el anónimo que acababa de recibir de mano de uno de sus hombres.

De pronto, se puso en pie con estruendo y derribó la mesa que le servía de apoyo.

—¿Dónde condenación has encontrado este papelucho, Ray?

—Jefe, yo estaba controlando las reses y el grano de Spencer cuando algo muy duro me dio en la cabeza. Debieron arrojarlo desde detrás de las rocas…

—¡Acaba de una vez, imbécil!

—Voy, señor Ballinger —dijo Ray precipitadamente—. ¡Resultó ser una piedra y llevaba envuelto esto!

—¿Cómo no diste con el tipo?

Ray tartamudeó:

—Señor Ballinger, me di mucha prisa en encontrarlo. Pero debía ser una comadreja porque se esfumó sin dejar rastro.

El burdo rostro de Lloyd Ballinger se contorsionó en una mueca de furia.

—¡Maldita sea! ¿Qué clase de bastardo debe ser el tipo del papel? ¡El anónimo es obra de cobardes!

—Sí, jefe.

Los ojos opacos de Ballinger destellaron de pronto.

—¡Hay que encontrar a esa gentuza cueste lo que cueste!

—El capataz ya ha dado órdenes, señor Ballinger.

Un individuo fornido de imponente aspecto, debido tal vez a su nariz aguileña plantada en un rostro de facciones angulosas, se hizo visible por detrás de Ray.

—Yo me ocupo de eso, señor Ballinger —dijo. Miró a Ray—. Anda, lárgate.

Ballinger pareció calmarse a la vista del capataz.

—¿Crees que pescaremos a esos bastardos del anónimo, Artie?

El capataz Artie convirtió sus ojos en dos rajas.

—Es sencillo, señor Ballinger. Todo consiste en acudir a la cita.

Ballinger sopesó las palabras del capataz y por fin sonrió dejando ver sus dientes descomunales.

—Tienes hígados, Artie.

—Es lo que requiere una cosa de éstas.

—Sí, Artie.

—En realidad, no es un anónimo. Es la cita de algún rival que nos ha surgido. Ya sabe, tipos que envidian nuestra posición y el respeto que nos debe la gente en Lake City.

Ballinger resolló satisfecho.

—Anda, Artie; prepáralo todo a conciencia.

Artie pareció querer decir algo, pero se lo guardó para otra ocasión y salió del recinto.

Ballinger se volvió hacia tres hombres de aspecto pacífico que estaban contemplando la escena sin respiración desde un largo banco.

—Bien, señores; dispensen esta interrupción y reanudemos el asunto pendiente. ¿Qué le duele a usted, señor Owen?

El llamado Owen cambió una mirada con sus dos compañeros de banco y por fin se puso en pie respetuosamente, carraspeando.

—Queríamos que nos rebajara ciertos gastos.

Ballinger se puso un cigarro en la boca y lo despuntó escupiendo por la ventana abierta.

—¿A qué gastos se refieren?

Owen tragó saliva y apuntó a los dos que le acompañaban.

—El señor Conwell quiere que le rebaje el precio del suministro de agua; el señor Stetson, que le deje ampliar los pastos por el mismo precio, y yo, que me dispense esta vez del pago de peaje por pasar la harina más allá del condado.

Hubo un largo silencio.

Lloyd Ballinger aprovecho, la pausa para pegar fuego al cigarro, y, después de saborear la primera bocanada, que a su juicio era la que justificaba los cinco dólares del habano, sacó el «Colt» y apuntó a los tres hombres.

Los tres sujetos se pusieron de pie de un brinco. Owen alargó el cuello.

—¿Qué va a hacer, señor Ballinger?

Lloyd dejó escapar el aire retenido en sus pulmones y su voz fue un trueno.

—¡Lárguense ahora mismo con viento fresco!

Los tres hombres no esperaron una segunda orden.

Saltaron sin ponerse de acuerdo y corrieron hacia la puerta logrando salir después de varios trompicones.

Ballinger se asomó a la ventana y volvió a gritar a los fugitivos:

—¡La próxima vez que se les ocurra otra humorada como ésta les juro que no lo cuentan!

Owen y los otros dos no oyeron nada porque ya saltaban la valla, sin ocuparse de la puerta y desaparecieron entre la arboleda.

Ballinger se dejó caer en el sillón y enjugóse el sudor de la frente.

—Lo que cuesta mantener un imperio —dijo en voz alta.

El escuálido Ray apareció dando saltitos tímidos por la puerta.

—Jefe, parece que sea martes.

—¿Qué diablos quieres ahora?

Ray apuntó a un viejo barbudo en la puerta.

—Jeremías tiene que decirle algo sorprendente.

Lloyd arrugó la cara. Estaba harto del viejo Jeremías, especialmente porque era muy aficionado al *whisky* y trastornaba su negocio con sus chifladuras. Pero era el más anciano del equipo y se contenía de enviarlo al infierno con un plomo en la barba.

—¿Qué te escuece a ti, Jeremías? —masculló.

El hombre más anciano del equipo de Ballinger se acercó haciendo eses.

Se cogió el cuello con ambas manos y sonrió ante el jefe.

Ballinger se puso amarillo.

—¡Habla de una vez, vieja momia!

Jeremías estiró el cuello.

—Patrón, usted me va a decir que estoy borracho cuando se lo cuente, pero allá va.

La mandíbula de Ballinger se desplazó hacia afuera y sus nudillos se blanquearon.

—Tienes un segundo de tiempo —jadeó.

—Mac, Ricky y Jock han muerto. Alguien disparó contra ellos.

Lloyd produjo un sonido ronco y pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Maldita momia! ¡Sabía que ibas a tomarme el pelo!

Echó mano al revólver.

Jeremías danzó en el aire.

—¡Espere, jefe! ¡Ahora viene lo bueno! ¡Le juro que esta vez le digo la verdad!

—Sí, ¿eh? ¿Quién crees que es capaz de liquidar a tres de los mejores? ¡Seguro que ellos mismos te han pagado para correr la juerga semanal en Los Mezcaleros!

—¡No, patrón! ¡Le digo que están muertos! ¡Estos ojos lo vieron!

Lloyd Ballinger sonrió con sarcasmo furioso.

—¿Quién?

Jeremías se masajeó el cuello para desempañar las palabras del alcohol.

—Han sido dos buzos.

Ballinger cerró los ojos con fuerza y ahogó un respingo.

—¡Lárgate antes de que te meta en el sarcófago, bastardo!

—¡Le juro que es cierto, jefe! ¡Fueron dos buzos!

Ballinger dio la vuelta a la mesa con objeto de cascar la coronilla del viejo, pero éste le burló con un traspié y salió de un salto por la ventana.

Mientras corría por el patio apuntó a Ballinger con un dedo.

—¡Es cierto, jefe! ¡Palabra que es cierto esta vez! Fueron dos buzos…

Ballinger apretó el gatillo y tuvo que hacer un esfuerzo para bajar el punto de mira y limitarse a arrancarle la suela de la bota.

Jeremías desapareció en el establo soltando relinchos.

Ballinger escupió con rabia y dijo entre dientes:

—A la otra que me haga, acabo con él. Conque dos buzos…

CAPÍTULO V

Los dos buzos se colocaron junto a la borda de la barca y cada uno de ellos se enfundó la escafandra en la cabeza.

Benny se dirigió al viejo Kiff, a través del hueco de la mirilla.

—Dele a la bomba de aire a ver si funciona, abuelo.

Kiff escupió en las manos y soltó una risita, entusiasmado ante la perspectiva de una inmersión a conciencia. Atrapó el mango doble de la bomba de aire y empezó a darle con ganas.

Benny y Pat percibieron la entrada del aire en el interior de la escafandra conectada a la bomba por medio de los tubos de goma.

—Estupendo —aprobó Benny.

Pat tosió.

—Oye, muchacho; ¿te imaginas lo que sería de nosotros si esa gentuza nos pillara a veinte pies de profundidad?

—No te entiendo.

—Una ligera presión con la mano en el tubo de aire equivaldría a estrangularnos de mala manera.

—¿Por qué tienes una mentalidad tan macabra, Pat?

—Siempre he temido morir de muerte violenta.

Kiff rió y demostró su pericia con la bomba de aire accionándola ahora con el pie.

—Os estéis olvidando de que el anónimo que le largué a aquel tipo en la cacerola, habrá llegado a manos de Ballinger y estará muy preocupado con la parte oeste.

Benny cabeceó.

—Repítalo otra vez para que se le meta bien a Pat en la cabeza.

A continuación, Benny tomó la mirilla de cristal y la enroscó en el hueco de la escafandra cerrándola herméticamente.

Con el tubo de respiración iba aparejado otro más flexible que

servía a los buzos de tubo acústico, para poder hablar con la superficie mientras estaban realizando el trabajo en el fondo del agua.

Hacía varias horas que habían llegado del pueblo después de recoger la bomba de aire de la consigna de la estación y habían decidido realizar la inmersión concienzuda en esa tarde. El viejo Kiff había puesto a flote la barcaza y los dos buzos montaron la bomba de aire. Ahora se hallaban en la parte más accesible, a un tiro de piedra de la orilla.

Pat vio a Benny que empezaba a descolgarse hacia el agua y por su rostro cruzó una sombra de inquietud, visible a través del cristal.

—Que Neptuno nos asista —dijo, y fue detrás de Benny.

Benny se despidió del viejo moviendo una mano y se dejó engullir por las aguas junto a su compañero.

Cuando estaba por debajo de la superficie, vio unas manadas de peces que les miraban con asombro y escapaban a toda prisa.

Las filamentosas ovas habían de ser apartadas a medida que la inmersión era más profunda.

Benny oyó la voz del viejo por el tubo acústico:

—¿Cómo va eso, muchachos? Ahora sólo veo burbujas por aquí arriba. Os he perdido de vista.

—No le dé tan aprisa a la bomba, abuelo. Más ritmo.

Benny siguió descendiendo al lado de Pat, quien ahora se había convertido en una mancha informe rodeada de plantas acuáticas.

Benny apretó un botón en la parte superior de la escafandra y una lámpara de carburo, que se encendía al llenar de agua el depósito, empezó a destellar en medio de la penumbra de las aguas.

Las pesadas botas, con suelas de plomo para facilitar la inmersión, levantaron el cieno del fondo cuando lo tocaron.

La lámpara disipó en parte la nube turbia y las formas submarinas conservaron la aparición reconocible.

Benny hizo una señal a Pat con la mano y movió los dedos en el lenguaje de sordomudos que les servía para comunicarse dentro del líquido elemento sin depender del tubo acústico.

—«Busca por ese sector, Pat» —dijo con las señas.

Pat se inclinó después de sacudirse una anguila que la había tomado con él.

La voz del viejo se escuchó por el tubo acústico:

—¿Qué se ve por ahí abajo, chicos?

Benny apartó un espeso matorral de plantas acuáticas y tanteó con las manos allá donde la lámpara de la escafandra despejaba las tinieblas.

—El terreno empieza a ser más firme, Kiff —dijo Benny.

Se escuchó la voz carrasposa del anciano.

—¿Todavía no veis nada, muchachos? Infiernos, debía estar ahí muy a la mano.

Pat protestó entonces por el tubo acústico y Benny lo oyó indirectamente pues las ondas sonoras llegaban a la barca y volvían a bajar nuevamente.

—¡Eh, Kiff! ¡Aparte esa maldita botella de *whisky* del aspirador de aire! ¡Me está llenando la escafandra de vapores de alcohol!

—¡Oh! —dijo Kiff—. ¡Perdona, Pat! Es que acabo de atizarme un trago.

—Seguro que ha escupido hacia los tubos —rezongó Pat.

Benny se volvió hacia él y lo vio moverse a unas cuantas yardas más allá, abriéndose paso entre un verdadero bosque de plantas cimbreantes, y le dijo con los dedos:

—«Pat».

—«Te veo, Benny».

—«Desplázate hacia la derecha y remueve aquellos hierbajos. Me refiero a esos que tienen ramas en los tallos»… ¡Eh, abuelo! ¿Qué le pasa? ¡Aire!

—¡Aire! —demandó Pat al mismo tiempo.

El resoplido del tubo volvió a oírse nuevamente.

—Dispensadme, muchachos. Estaba tapando la botella y dejándola a un lado.

Pat gruñó:

—Lo que usted estaba haciendo era empinársela de firme y ya no se acordaba de nosotros.

Benny utilizó el alfabeto de los dedos.

—«Deja de cháchara y acaba de explorar ese sector, Pat».

Benny se volvió de espaldas y recorrió un buen trecho en busca de algún indicio de aquella maldita cosa que les había obligado a meterse en el lago.

Fue Pat quien dio con algo.

El grito de alborozo que pegó, tuvo la virtud de comunicar un

temblor vertical al tubo acústico.

—¡Una botella!

El viejo Kiff lanzó un alarido de placer que les llegó a las orejas de modo estridente.

—¡Ya lo tenemos, muchachos! —exclamó.

Benny se dejó escuchar.

—No cantemos todavía victoria, amigos. Puede ser una falsa alarma.

Pat rió sacudiendo la botella y mostrándosela a Benny quien la vio a través de la mirilla y del espeso muro de agua que los separaba.

—¡Se ve que es una botella muy antigua! ¡Y lleva lacre en la boca!

Benny suspiró.

—En ese caso, ya es algo el hallazgo…

De pronto, se interrumpió al notar que había cesado el silbido del aire en la escafandra.

Notó dificultad en respirar.

—¡Kiff! ¡Maldita sea! ¡Denos aire!

Pat empezó a danzar soltando la botella y enviando maldiciones a lo largo del tubo.

—¡Ese viejo…! ¡Debe estar empinando el codo otra vez!

Benny gritó a Kiff ordenando nuevas remesas de aire.

Entonces se dio cuenta de que ocurría algo anormal.

—¡Están aquí arriba! ¡Se acercan…!

Benny sintió que el corazón se le subía a la garganta.

Pat pataleó de terror dentro del agua.

Benny le indicó con frenético lenguaje de sordomudo que se arrancara las planchas de los pies y acabó con el signo especial que significaba: «Peligro. Ascensión inmediata».

Pero en aquel momento, los buzos notaron que las fuerzas les flaqueaban y, junto con la imperiosa necesidad de respirar, su vista empezó a enturbiarse…

* * *

El viejo Kiff retrocedió con los ojos muy abiertos y todavía mandó un par de bombadas de aire antes de que los dos sujetos que acababan de abordarlo con un bote se arrojaran encima de él.

—¡Van a morir asfixiados! —dijo.

El sujeto más malcarado emitió un gruñido y se hizo cargo de todo el mecanismo de la barcaza.

—¿De modo que el viejo Jeremías no nos ha engañado con el asunto de los dos buzos? ¿Te das cuenta, Flop?

El tipejo escuálido que atendía por Flop apretó una de las gomas de aire con el pie y lo encontró muy divertido porque sonrió de costado poniendo algo de humanidad en su cara de rata.

—Yo estoy que no salgo de la sorpresa, Tad.

El malcarado Tad sacudió al viejo por el cuello.

—¿Qué significa todo este lío, viejo loco?

Kiff tenía los ojos desorbitados pensando que los dos buzos estaban condenados a una muerte segura.

—¡Hay que darles aire en seguida! —saltó hacia la bomba y la accionó tres veces.

Flop le tiró una patada en el bajo vientre y el viejo cayó arrugado soltando sollozos.

—¡Asesinos! —gritó.

El tipo escuálido soltó una risita.

—Claro que lo somos, viejo. Y para demostrártelo ahora mismo te vamos a echar ahí dentro con tus queridos buzos.

—¡No!

Tad intervino dando un revés en las flácidas mejillas del anciano.

—¿Qué es lo que os cocéis con esta tramoya, vejestorio?

El tubo acústico dejó escapar la voz ronca de Pat:

—¡Por todos los santos…! ¡Aire! —Se quebró con un desesperado jadeo.

Flop guiñó un ojo a su compañero y puso una mano en la manivela de la bomba de aire mandando un par de impulsos para alargar la vida a los de abajo.

—Ya nos han hablado mucho de vosotros, compadres —se dirigió a los buzos—. Mi amigo y yo estamos pensando en que será bonita cosa ir dándoos aire en pequeñas raciones hasta que os oigamos llorar de asfixia. ¿Eh, Tad?

La cara torcida de Tad cambió de expresión.

—Tienes cacumen, renacuajo.

Flop enseñó un par de mellas en su dentadura superior.

—¿Qué contestáis, bastardos?

Pat resolló con un silbido.

—¡Aire!

Flop escupió por el embudo.

Benny se dejó oír.

—¡Puerco!

El tipejo delgado se carcajeó.

Tad movió una mano pausadamente.

—Dales un poquito más de aire, Flop. Pero muy poco. Esto se está poniendo divertido. ¡Lo que vamos a agradecerle al viejo momia de Jeremías el habernos pasado el parte!

—Sí —asintió Flop—. El jefazo se va a alegrar de nuestra iniciativa y de que el viejo momia haya acertado por primera vez en su vida.

—¡Aire! —chilló Pat por el tubo acústico.

Tad apartó a su compinche y se inclinó hacia el embudo acústico.

—Bien, señores: ahora van a decirnos qué infiernos hacen ustedes ahí abajo.

Benny jadeaba violentamente y habló con dificultad.

—Hay mucho bastardo por tierra firme y nos hemos escondido aquí. Preferimos las anguilas.

Tad torció la cara más de lo natural.

—Usted debe ser un tipo con muchos redaños.

—Deje que suba ahí y se lo demostraré, hijo de perra.

Tad sonrió, lo cual fue un feo espectáculo para el aterrorizado Kiff, que estaba inmóvil bajo su botaza.

—Oiga, buzo bravo.

—Le escucho, puerco.

—Si nos dicen qué demonios buscan, les vamos a dar una oportunidad.

—¡Aire! —gritó Pat interfiriéndose en el tubo acústico.

Tad se volvió hacia su compinche.

—Un poquito más, Flop. Pero no se te vaya la mano.

La voz de Benny se escuchó de nuevo.

—¿De qué oportunidad nos habla, cerdo?

—En vez de moriros por falta de respiración, podéis asomar las escafandras y os meteremos un plomo dentro de cada una. Será más

rápido.

—¡Qué magnánimo! Se lo dice Benny Nelson.

—Sí, Benny. Flop y yo somos así. Pero tenéis que decir la verdad acerca de esa exploración entre ranas.

La voz de Benny estaba ahora convertida en un jadeo de apresurado ritmo.

—Acerque más el oído, Tad.

El tipo, que hubiera parado un reloj con la cara, aproximó el oído.

—Diga, buzo —pestañeó interesado.

En eso, en vez de la voz de Benny, salió un chorro de agua cenagosa que se estrelló en la oreja del tipo.

Las maldiciones de los forajidos conmovieron la barcaza.

Tad rugió de ira y arrancó las gomas de respiración de un fuerte tirón.

El viejo Kiff se cubrió la cara con ambas manos.

—¡Ya están muriendo!

Al mismo tiempo aparecieron dos escafandras en la superficie del agua y se quedaron flotando.

La cara de Tad se deformó en una sonrisa de crueldad y echó mano del «Colt».

—Ahora un poco de plomo en la escafandra por si acaso.

Hizo fuego cuatro veces, mandando dos plomos por la mirilla de cada escafandra.

Las dos se hundieron al mismo tiempo.

Flop se echó las manos al vientre y empezó a reír estremeciéndose.

De pronto dilató los ojos y pegó un grito.

Notaba que una mano de dedos férreos lo atrapaba por el otro lado de la borda, justo por el tobillo derecho.

Miró hacia abajo y la voz se le empañó por el terror al ver a un sujeto que emergía del agua. Un tipo de ojos negros y rostro de facciones correctas pero endurecidas.

—¡Tad! —gritó.

Benny y Pat se habían despojado de las escafandras en el último instante, así como del lastre de plomo, y subieron a la superficie. Ahora Benny tiró con todas sus fuerzas del delgado tobillo.

Flop chapoteó en el agua acompañado de sus propios alaridos de

terror.

Tad se revolvió todavía el «Colt» humeante en la mano y disparó un par de veces.

Las balas encontraron el vacío porque la cabeza de Benny se escondió prestamente bajo el agua.

Al reaparecer, lo hizo con un «Colt» muy seco que soltó truenos y plomo.

Tad abrió las fauces al sentir una posta en el hígado y ello fue un error porque un segundo plomo iba por el aire y se le coló por el agujero de la boca tomando el camino del esófago.

Cambió de expresión y cayó por la borda.

Entretanto, Flop empezó a nadar frenéticamente y Benny se abstuvo de disparar contra él.

Sin embargo, Pat mostró su disconformidad con chasquido de lengua y braceó hacia él con una velocidad inusitada.

Flop volvió la cabeza un par de veces y al ver al hombrón que le perseguía graznó aterrorizado, imprimiendo mayor ritmo a los brazos.

Sin embargo, Pat lo pescó muy cerca de la orilla.

Pat demostró una habilidad poco habitual al estrellarle el puño en la cara y seguir a flote.

El tipejo recibió el trallazo en el pómulo y salió escupido del lago como si fuera un pez volador.

Pat lo volvió a atrapar en plena playa y le dio muchas cosas desagradables.

Primero lo abofeteó vigorosamente, luego le cambió el color a base de percusiones en pleno hígado y finalmente le arrancó la fea dentadura de un manotazo que asustó un par de avocetas que sobrevolaban las aguas.

Flop se retorció en el aire y tomó contacto con el suelo, pareciéndose mucho a un guiñapo.

Pat aspiró aire con verdadera avaricia y su cara ancha se iluminó con una sonrisa.

—Casi ha valido la pena —dijo.

En aquel momento el viejo manejó el timón. La barcaza se acercó impulsada por los remazos de Benny quien había recuperado las escafandras y el muerto Tad.

Saltaron a la orilla.

Benny sólo tenía ojos para la botella encontrada por Pat y que por fortuna, habían podido conservar, a pesar de las incidencias.

El viejo pareció olvidarse del susto, así como Pat, a la vista de la botella.

La rompieron y Benny leyó el papel en voz alta:

> «Cuando leáis esto podéis estar tan contentos como si hubierais encontrado la fortuna del lago. Ya estáis muy cerca de ella. Buscad más. *El Sincero* John».

CAPÍTULO VI

Al día siguiente. Benny Nelson avanzó a paso vivo por la calle principal de Lake City, después de haber dejado el carromato con el viejo al pescante en la misma esquina del ayuntamiento.

Pat Cucord correteaba pegado a los talones de Benny.

—Te lo vuelvo a repetir, muchacho. Ese *Sincero* John me huele que fue un especialista en tomaduras de pelo.

Benny se volvió hacia una estupenda rubia y meneó un párpado.

—Más respeto para los muertos.

La voz de Pat estaba cargada de sarcasmo cuando cacareó por centésima vez:

> «Cuando leáis esto podéis estar tan contentos como si hubierais encontrado la fortuna del lago. Ya estáis muy cerca de ella. Buscad más. *El Vivales* de John».

—*El Sincero* John —rectificó Benny sin dejar de andar aprisa—. Tienes muy buena memoria. Pat.

—Infiernos, he repasado el condenado mensaje más de un millar de veces. No he dormido en toda la noche tratando de encontrarle un significado.

—No has perdido el tiempo —replicó Benny—. Tal vez encuentres un juego de palabras que signifique más o menos: «La bicoca se encuentra a tres pasos de la rana verde y a siete del nenúfar podrido».

Pat inició una sarta de maldiciones entre dientes.

Benny salió a la acera con Pat a los talones.

—En cuanto compremos más tubos en la ferretería y cristales

para las escafandras, volveremos a la carga.

Benny se detuvo con brusquedad.

Pat tropezó con él.

—Eh, esto no es el almacén general.

Por la puerta del establecimiento surgió un chorro de vapor.

Benny vio a través de la nube cálida de vapor una silueta que le produjo un cosquilleo en la nuca.

La silueta tenía unas curvas amplias, bien moldeadas, que fueron reconocidas al punto por Benny. La chica del carro.

Pat también tenía cierta retentiva.

—¡Canastos! ¡La tintorería!

La muchacha apareció por detrás de la nube de vapor.

—¿Qué quieren ustedes?

Pat se quedó en la puerta, pero Benny observó con curiosidad los aparatos de planchado y limpieza y se coló.

—¿Ya no se acuerda de mí, preciosa?

—¿No me iba a acordar? —Ella hizo una mueca y se levantó una guedeja de hermoso cabello negro—. Precisamente estaba haciendo esfuerzos por conseguir el completo olvido.

—Vamos, Rosalind. No me diga que es rencorosa.

—Oiga, forastero, ¿por qué no se larga?

—Tengo cierta curiosidad por el arte de la tintorería.

—¿Sí?

Benny despejo el vapor de agua con la mano y la contempló en una ojeada rápida. Estaba soberbia.

—Mucho interés.

Alargó una mano hacia una de las máquinas humeantes.

Rosalind le pegó en el dorso de la mano.

—¡Quite la garra de ahí!

—¿Qué pasa? ¿Muerde?

Rosalind echó la cabeza atrás y trató de sonreír agriamente.

—No tengo ganas de que me eche a perder algo.

—No sería capaz, de perjudicarla por nada del mundo —la miró de arriba abajo—. Y menos estropearle la maquinaria.

Rosalind pestañeó.

—Le advierto que se la va a cargar si eso tiene un doble sentido.

—¡Oh! Soy un hombre muy sencillo. —Benny apretó una válvula y un silbido estridente se escapó con gran efusión de valor.

Rosalind pegó un grito al tiempo que Benny retrocedía con respeto ante el artefacto.

—¡Vuelva a tocar algo y sabrá quién soy yo! —gritó ella.

—Vamos, Rosalind, no se enfade.

—¡Es un valioso traje para el señor Ballinger! Tiene que ponérselo en el banquete del alcalde.

—¿Bordado en oro? —ironizó Benny.

Ella se le acercó belicosamente.

—Aunque no lo crea, así es. Se trata del traje apropiado para el baile de disfraces que seguirá al banquete.

Benny se aplastó la nariz con un dedo.

—¿Conque un baile de…? Oiga, ¿de qué se disfraza Lloyd? ¿De ogro barbudo?

Rosalind atrapó un gancho para recobrar la ropa.

—¡Ya me estoy cansando de usted! ¡Váyase antes de que le lave y planche el traje sin quitárselo!

Benny examinó con aprensión las máquinas humeantes y retrocedió hasta la puerta.

—Volveré cuando esté de mejor humor, Rosalind.

Ella se acercó con el hierro, pero Benny ya salía por la puerta y desde allí la saludó con un guiño.

Pat se pasó una mano por la cara.

—No sé qué te pasa en cuanto te encuentras una fulana bien diseñada. Te olvidas de todo.

—No, Pat. Lo que hago es incorporarla al plan del día.

En eso, el viejo Kiff llegó moviendo sus piernas a una tremenda velocidad.

—¡Muchachos! ¡Malas noticias!

Benny se quedó mirándolo en tanto que Pat se arrugaba.

—¿Qué ave de mal agüero ha visto, Kiff?

El vejete tragó saliva, pero comprendió que no le pasaba por la garganta debido a una súbita estrechez del cuello de la camisa. Se lo aflojó.

—Hay un tipo en el pueblo que no me gusta nada.

—¿Algún forastero de mala catadura, Kiff?

El viejo del lago asintió con varias cabezadas.

—Siempre aparece por aquí cuando anda escaso de trabajo por el norte. Entonces viene a ver quién le encarga trabajo de

«liquidación».

—Comprendo, abuelo. ¿Quién es el filántropo?

Kiff miró a todos los lados, bastante asustado.

—Se trata de Dick *el Melindroso*.

Pat tragó aire ruidosamente.

—¿Te acuerdas del *Melindroso*, Benny? ¡Es aquel tipo que siempre encontraba pegas en sus víctimas, pero acababa metiéndoles un plomo en la cogotera!

Benny frunció el sobrecejo.

—¿Qué se le habrá perdido a Dick por este lugarejo?

Kiff aclaró:

—Vosotros sabéis que *el Melindroso* lleva un tipo que es quien le quita las pegas y le convence de que debe matar a la víctima. Bien: el que le da ánimos y el mismo *Melindroso* tiene un par de fulanas en Lake City de esas que hacen que uno bendiga el día en que nació.

—Me hago cargo, Kiff —asintió Benny.

Kiff se carcajeó en falso.

—¿Qué os parece lo que he pensado, chicos? El verano próximo sería ideal para investigar en el fondo del lago.

Benny le dirigió una dura mirada.

—Será este verano, a pesar del *Melindroso* o cien como él.

Pat, Benny y el viejo Kiff se quedaron callados frente a la ferretería cuando vieron pasar a un par de sujetos.

Uno de ellos era gallardo y sonriente, de cara ancha y facciones simpáticas: Mattew Hollé, el estimulador de Dick.

El otro era chupado de mejillas, de ojos juntos y pasos inciertos.

Todos le reconocieron como Dick *el Melindroso*.

* * *

Había cerrado la noche cuando Dick *el Melindroso* se vio empujado hacia las puertas de la sala de fiestas por su amigo y mentor Mattew Hollé.

—No, Mattew. Hay demasiada gente ahí dentro. Me da vergüenza.

Hollé chascó la lengua pacientemente. Bien; Dick ya empezaba con sus melindres, pero ello era buena señal. Entonces era cuando hacía buenos trabajos. Grandes trabajos que les daban fama.

—Vamos, Dick. ¿Por qué no quieres entrar? Llevas un disfraz muy adecuado para el baile.

Dick sonrió.

—Me asusta la gente. Y además este disfraz… No es mi ropa habitual.

Hollé hizo una mueca y su voz se tornó persuasiva. Era su verdadero trabajo con Dick y para eso iba con él. Para reforzar su vacilante voluntad.

—Vamos, Dick. ¿Qué quieres más? Vas disfrazado de pez. Es un buen disfraz.

—Pero tú llevas, algo mejor. Vas de cangrejo…

Las parejas acudían al baile que iba a comenzar después del banquete en celebración de la onomástica del alcalde.

La música y el murmullo de conversaciones surgía incesantemente del interior del local.

Junto con los que se aprestaban a entrar había un par de disfrazados que causaron sensación.

Eran dos buzos.

El de la derecha, un poco más gordo que el otro, ladeó la escafandra.

—¿Lo has visto en la puerta, Benny? —dijo por la mirilla.

Benny se fijó en Dick *el Melindroso*.

—Tal vez vengan a divertirse.

Pat rió con amargura, que se percibió a través de la mirilla.

—A divertirse… con nosotros. ¡Por Neptuno!

Se produjeron unos aplausos al entrar la nueva remesa de disfrazados.

La que cosechaba más ovaciones era Blancanieves.

Se trataba del disfraz en que se ocultaba Rosalind Price, la chica de la tintorería.

El buzo Benny empujó a Pat hacia la mesa del pavo y el tipejo disfrazado de rana que iba con él se le tomó de la mano. La rana era el vejete Kiff.

Benny se acercó a Blancanieves.

Le puso la zancadilla a un tipo enmascarado de bombero que se arrojaba sobre ella, y le salió al paso.

—Hola, pequeña.

Rosalind se ladeó la caperuza y trató de mirar por la mirilla.

Pero Benny inclinó la escafandra en el momento adecuado en una especie de reverencia.

—¿Qué le parece este *rigodón*? —dijo.

Ella se dejó enlazar por la cintura sin saber quién era el buzo.

El *rigodón* acentuó el ritmo y Benny cerró los ojos sintiendo el cálido cuerpo de Blancanieves entre sus brazos.

—¿Usted debe ser forastero? —dijo ella.

—*Ujujú* —contestó el buzo.

Rosalind siguió el ritmo vivo del *rigodón*, abandonada entre los brazos del extraño buzo.

La pieza finalizó en medio del jolgorio general.

Ella se quitó aparte el disfraz y de pronto Benny se desenroscó la mirilla.

Rosalind pegó un chillido.

—¡Usted!

—Consérveme el secreto, preciosa.

Benny la atrajo por la cintura ahora que atacaban un *can-can* en dos por dos.

De pronto la pieza se interrumpió y sonaron unos acordes de bienvenida.

La gente se llenó de respeto y una comitiva de romanos entró por la puerta grande.

El que iba al frente representaba a Nerón y llevaba una pequeña lira que pulsaba divertido. Tenía la túnica chamuscada.

El nombre de Lloyd Ballinger comenzó a susurrarse de boca en boca.

CAPÍTULO VII

Benny vio como Pat y el viejo Kiff daban un salto al mismo tiempo y se escondían detrás de un tonel de *whisky*, teniendo cuidado en pasar las gomas de drenaje hacia él escondrijo.

Nerón le echó el ojo a Blancanieves y se acercó a ella.

—¡Vaya con Rosalind! —exclamó Nerón, o sea, Lloyd Ballinger —. Estás encantadora, pequeña.

La chica disimuló un gesto de repulsión.

—Es usted muy galante, señor Ballinger.

Lloyd Ballinger sacudió la lira torciendo el gesto y señaló con ella la falda de la túnica que estaba muy requemada.

—De veras que me gustaría echarme a la cara al sinvergüenza que te tocó los aparatos y me achicharró la túnica…

Rosalind bajó la mirada y mintió:

—Ya le dije que era un tipo esmirriado con ojos saltones. Un asco de nombre. Cuando descubrí que había puesto el calor al máximo, ya era demasiado tarde. El sujeto huyó.

—Condenado individuo —resolló Ballinger sacudiendo el faldón quemado—. Deja que mis hombres lo localicen y verás.

El buzo soltó una risita.

—De todos modos apuesto a que se lleva el primer premio, señor Nerón. Lleva la falda chamuscada debido al incendio de Roma.

Rosalind se echó a reír sin poder contenerse, a pesar de que se cubrió la boca con la mano.

Ballinger torció la cara hacia el buzo.

—¿Quién es usted? —Gruñó.

Rosalind intervino.

—Es un digno forastero, señor Ballinger.

—¿Sí, eh? —arrugó el ceño Lloyd.

Benny carraspeó.

—Me llamo Flistrup Parapopoulos. Viajante de tapones de corcho.

Ballinger trató de sondear el rostro oculto por la escafandra.

—Es curioso… Muy curioso…

Benny se enroscó mejor la mirilla.

—¿El qué, señor Ballinger?

Lloyd rezongó por lo bajo y agregó:

—Nada. ¿Ha visitado usted nuestro lago, señor Para… par… pa… Parapapá…?

—Parapopoulos. No, señor Ballinger. Dicen que es encantador.

Lloyd volvió a gruñir. Estaba hecho un lío.

En eso la orquesta atacó un *vals*.

Lloyd sonrió con sus dientes como palas.

—¿Me permites, pequeña?

Rosalind iba a acceder cuando de pronto una vieja adivinadora de cartas se le acercó dando saltos y barajando un mazo de naipes.

—¡Espere, jefe! —susurró al oído a Ballinger.

Lloyd se revolvió con la ira pintada en el rostro.

—¿Qué diablos quieres, Jeremías?

El vejete Jeremías, disfrazado de echadora de cartas, atrajo a Ballinger por la manga y lo apartó de la pareja de jóvenes, quienes se enlazaron en la danza.

—Jefe… ¡Ese tipo es uno de los buzos de que le hablé! ¡Los que están liquidando a los chicos!

Ballinger apretó la lira y empezó a levantarla para estrellársela al viejo en la coronilla.

—¿Quieres dejarme de una vez con esa chifladura?

—¡Mire al otro buzo allá detrás del tonel! ¡Precisamente está con el viejo Kiff! ¿Los ve alternando? Son todos unos.

Ballinger arrugó el rostro.

—A veces no sé si creerte o meterte un plomo donde te escuece el reumatismo.

—¡Sus ojos pueden comprobarlo, jefazo!

—Estoy por poner en marcha a los muchachos. Tal vez tengas razón por primera vez…

La adivinadora del porvenir empezó a sacudirse con una risa cascada y tuvo que sujetarse al abultado busto postizo para que no

se le viniera al suelo.

—Ay, jefe —se estremeció de risa—. Yo ya he tomado cartas en el asunto.

—¿Sí, eh?

—Envié a Tad y a Flop, pero los buzos acabaron con ellos.

—Las dudas que me asaltan te evitan un escarmiento.

—¡Lo hago por ayudarle, jefe!

—¿Qué has hecho más sin contar conmigo? Es decir, de tu propio buche.

—¿No me sacudirá, jefe?

Ballinger arrugó el rostro, pero guiñó varias veces el ojo a una rolliza mujer disfrazada de bailarina española. Era Carlota, una de sus chicas.

—¿Qué has cocido sin mi permiso, Jeremías? —repitió.

Jeremías miró hacia ambos lados.

—He contratado los servicios de Dick *el Melindroso*.

Ballinger se quedó de muestra.

—¿Tú… momia neumática? ¿Contratado a…?

—Sí, jefe. He querido anticiparme a lo que va a suceder y he azuzado a Dick *el Melindroso* contra la pareja de buzos. Un momento más y tendrá un duelo bien cocido y aderezado.

—¡Que me ahorquen…!

—Para que luego me llame momia loca.

—¿Có… cómo has conseguido que trabajara el gran Dick completamente gratis en este caso? ¡Canastos, eso sólo ya te convierte en otro ante mis ojos! ¡Mira que si tuvieras sesos…!

El viejo Jeremías se desobstruyó los bronquios.

—Le he dado quinientos pavos al *Melindroso*.

Ballinger aflojó los dedos y la lira se le escurrió.

—¡Me estás tomando otra vez el pelo!

—No, jefe. Mire al tipo vestido de pez y al de cangrejo. Son Dick *el Melindroso* y su animador Mattew Hollé. ¿Los ve?

Ballinger trató de ver entre las cabezas de las parejas danzantes y por fin los localizó.

—¿Será posible?

—Sí, patroncito. He montado la tramoya yo solo.

Ballinger se volvió hacia él.

—¿Pero de dónde sacaste el dinero? ¿Quién lo llora a Jere?

El más viejo de la banda de Lloyd barajó para disimular.

—Se los cogí a usted de la caja, jefe. Le he visto más de una vez rodar la rueda de la combinación del arca…

—¡No!

El grito atrajo la atención de varias parejas que miraron a Nerón con sorpresa.

Jeremías retrocedió y se agarró a una dama gruesa bailoteando el *vals*, sin tocar el suelo, debido a que ella lo sostenía con la ancha cintura.

—¡Jefe, no se arrepentirá…! ¡Por fin di en el clavo!

Ballinger estuvo a punto de sacar el «Colt» de debajo de la túnica romana, pero se hizo cargo de dónde estaba y se abstuvo.

Entonces comprendió el guisado del vejete. Seguro que Jeremías había asomado un ojo entre cortinas cuando él, Lloyd, manejaba la caja de caudales. El viejo quiso mostrar su iniciativa y le echó mano al disco de la caja ordeñando la parte para pagar a Dick.

El rostro de Ballinger se endureció mirando a los dos sujetos vestidos de pez y cangrejo.

El disfrazado de pez, *el Melindroso*, se ocultó tras su compañero vestido de cangrejo, quien sonrió con una reverencia a Ballinger.

Lloyd acabó por sonreír y corresponder al saludo, porque de pronto había dado con la solución. En cuanto Dick *el Melindroso* acabara con los dos buzos, lo único que quedaba por hacer era obligarle a escupir los quinientos. De eso se encargarían los romanos de toga corta, sus propios hombres.

Lloyd respiró aliviado y se agarró con fuerza a la cintura que le ofrecía Carlota, la bailarina española, y se puso a bailar con ella, perdiéndose entre la masa danzante.

Entre tanto, en el otro extremo de la sala, Dick *el Melindroso* y Mattew Hollé, el hombre que aprovechaba su débil ánimo para sacarle más partido mantenían una violenta conversación en voz baja.

—No puedo matarlo, Mattew —decía Dick.

Mattew Hollé sacudía la cabeza con tolerancia y una sonrisa de satisfacción le cruzaba el rostro.

—¿Por qué, muchacho? Es pan comido.

Dick bajó los ojos llenos de vergüenza.

—Es muy alto…

—¿Y qué diablos tiene eso que ver, Dick?

—Mi padre era un hombre así de alto. Me lo recuerda…

—Por los gatos sagrados, Dick. Pero éste no es tu padre, es un *gun-man* de los que te gusta asar con plomo ardiente. Ya verás como cuando te animes me dices: «Mat, vuélvemelo del otro lado que ya lo tengo tostado por esta parte». Y le darás plomo a satisfacción.

—No, Mat… No podré… Ahora me doy cuenta de que su disfraz de buzo me impresiona mucho. ¡Ah, los buzos! Son seres abnegados que siempre andan por debajo del agua jugándose la vida.

Mattew Hollé arrugó la cara en una mueca de disgusto, aunque por dentro se relamía por las circunstancias. Cuando Dick estaba tan remilgoso, hacía trabajos que eran recordados por mucho tiempo.

—¿Recuerdas a Bud *agujeros*? Aquel día le sacaste un parecido con cierto fraile Francisco que te enseñó a leer cuando eras chico. Me costó mucho convencerte, pero cuando te hiciste adelante, no le diste tiempo para desenfundar. ¡Mi madre! Todavía recuerdo que Bud parecía tratado con sacabocados de tantos agujeros.

—Pero hoy es miércoles —opuso *el Melindroso*, tragando saliva.

Mattew soltó un gemido.

—¿Qué demonios…? ¿Y qué tiene que ver el miércoles?

—En ese día falleció el Presidente Lincoln… ¡Oh, no podría…!

Mattew sacudió la cabeza con impaciencia.

—Vamos, vamos, Dick. No me salgas con supersticiones ahora. Me pagas para que te infunda ánimos porque en el fondo sabes que es lo único que te pone en forma. Pero también soy humano, Dick. No compliques mi tarea, o un día no sabré tratar tu indecisión para conseguir buenos trabajos.

—Es que hace tanto calor aquí… Además, aquel torero mexicano me mira…

—Es el *sheriff*, que va bajo ese disfraz. Pero se trata de un sujeto que está a las órdenes de Ballinger. Sólo se limitará a llenar hojas de informes cuando el chico quede asado.

—¿No me hará preguntas, Mat? Ya sabes lo que me impresiona que un *sheriff* me haga preguntas. ¡Horror!

—¿Qué te pasa?

Dick hizo un gesto de desesperación.

—No puedo hacerlo hoy. Decididamente no puedo.

—¿Por qué? ¿Por qué, muchacho?

—Hoy hemos comido pollo. Ya sabes que no puedo liquidar a nadie cuando como pollo. La sangre… ¡Qué asco!

Mattew fue a eliminar la pega de Dick mediante su lógica aplastante, pero en aquel momento un golpe repetido de bombo llamó la atención de los concurrentes.

En la tribuna de la orquesta se destacó un hombre grueso de aspecto simpático.

—¡Señoras y caballeros! ¡La Junta Elección Mejor Disfraz ha tenido a bien conceder el primer premio a la pareja…!

Todos abrieron la boca esperando el anuncio.

—¡A la pareja: Blancanieves-Buzo!

Se produjo una salva ensordecedora de aplausos.

Benny y Rosalind se miraron a los ojos, sonrientes.

Lloyd Ballinger se rasgó la túnica lleno de rabia y mandó a uno de sus hombres que tomara los nombres de los miembros de la junta que habían osado no concederle a él el premio y a su bella bailarina española.

El gordo simpático de la orquesta volvió a anunciar:

—¡La pareja elegida bailará sola y se acercará a la tribuna donde recibirá el premio! Tendrá que moverse a los compases de Jarabe y más jarabe.

La orquesta atacó la pieza.

De pronto se escuchó el grito de Dick *el Melindroso*.

—¡No puedo hacerlo, Mattew!

Todo el mundo se volvió hacia la pareja vestida de pez y cangrejo.

—¿Pero por qué no puedes liquidarlo ahora, Dick?

El Melindroso avanzó hacia Benny Nelson, el buzo de pronto frenó en seco poniéndose muy colorado.

—¡No puedo! ¡No puedo…! Es muy joven.

Mattew rugió por lo bajo.

—¡Pero es un buzo! ¡Un tipo que anda siempre asustando a los peces por debajo de las aguas, Dick! ¡Dale ya!

Benny Nelson se aclaró la garganta y sonó a ronco dentro de su escafandra.

—¿Qué ocurre, señores? Ustedes parecen haber elegido unos

disfraces muy comunes a mi trabajo. Peces y cangrejos.

Mattew se adelantó con la sonrisa en los labios.

—Vera, señor Nelson. Nosotros queremos obsequiarle también con un segundo premio.

—Son muy amables —dijo Benny. Al mismo tiempo observó que se había formado un gran hueco entre él y sus interlocutores.

Pat y el viejo rana le hacían señas frenéticamente desde detrás del tonel y le indicaban una ventana trasera por donde debía tirarse. Para ello, Pat empleó el lenguaje de sordomudos que utilizaban debajo del agua.

Benny se aclaró nuevamente la voz.

—¿En qué consisten los premios?

Mattew le contestó con la misma sonrisa en los labios.

—Aquí le darán, en la tribuna, una máscara de plata con una inscripción. El segundo premio es mucho más agradable…

—Vaya.

—Consiste en una onza de plomo que le podemos grabar a petición, sin ningún gasto por su parte.

—¿Quién va a darme el segundo premio?

Dick pareció transformarse en virtud de un raro fenómeno. De pronto enarcó el tórax y su mirada se hizo más dura. La voz le cambió haciéndose más tonante que de costumbre.

—Yo se lo voy a dar.

Mattew Hollé dio un respingo al ver que por fin Dick había reaccionado ante la sugestión de sus palabras. Ahora salía a flote el valiente pistolero, después de atravesar las tenebrosas capas de su personalidad.

El del trombón dejó caer el instrumento y lanzó un graznido.

—¡Plomo a la vista! ¡Es Dick *el Melindroso*!

Los que no habían advertido la presencia del pistolero retrocedieron temerosamente, pero nadie se atrevió a atraer su atención con una escapada a galope tendido. Dick tenía malas pulgas cuando alcanzaba su verdadera personalidad.

Dick levantó la mirada, que ahora se había convertido en una fuente de energía magnética.

—¿Dónde está el otro buzo? —dijo.

Hubo un corto silencio y de pronto se escuchó un estruendo en la vidriera de la calle, seguido de un alarido que se perdió muy

lejos.

—Con que se ha largado, ¿eh? —dijo Dick.

Benny alzó las cejas.

—El único buzo soy yo, Dick. Usted tiene tantos prejuicios que ya ve doble.

Dick hizo una mueca.

—Lo dice por intimidarme.

—No, Dick. La verdad es que le está temblando el pulgar derecho. No es ésta su noche, Dick. ¿Por qué no renuncia?

El Melindroso se volvió desamparado hacia Mattew.

—¡Di que es mentira, Mat!

Mattew Hollé se rió de sus temblores y demostró con su optimismo que se ganaba el pan que comía.

—¡Pero, muchacho…! ¿Es posible que este tipejo con cabeza metálica pueda impresionarte?

Benny le atacó.

—Usted no me podrá atravesar la espesa coraza de la escafandra con su plomo, Dick. Y la verdad es que el tiro entre ojos es su especialidad. Va a hacer un trabajo propio de un chapucero.

—¡No me diga eso! —retrocedió Dick horrorizado—. ¿Tú… crees que podré atravesar la escafandra con el plomo, Mat? Sólo sé ensartarlos por el entrecejo.

Entonces sobrevino el fallo.

Mattew tardó unos segundos en contestar observando la escafandra.

—Verás —titubeó—; seguro que puedes. Para más seguridad, lo ensartas suciamente por el esternón.

Dick boqueó, abriendo mucho los ojos.

—¡Farsante! ¡Eres un farsante, Mat! ¡Toda la vida me has estado engañando!

Mattew trató de dar un cambio inteligente a la situación cortando por lo sano. Se dirigió a Lloyd Ballinger.

—Usted, señor Nerón: rasguee las cuerdas de la lira y ésa será la señal. ¡Corra…!

Lloyd Ballinger estaba muy excitado y pasó el pulgar por las cuerdas al ver que la situación se ponía al rojo.

Sonaron las discordancias de la lira de pega.

Todavía no se habían acallado los ecos cuando tronaron los

revólveres de Benny y Dick.

CAPÍTULO VIII

Sólo se produjeron dos disparos.

Dick miró la escafandra y no vio ningún agujero. La mirilla también estaba intacta.

Dio marcha atrás con el rostro desencajado.

—¡He fallado, Mattew!

—No, muchacho…

—¡Me ha matado! ¡Tengo el plomo en el pecho, Mat!

—Te aseguro que sales de ésta, Dick.

Pero de pronto Dick se vino abajo en medio de la expectación general.

Todavía hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y gritó:

—¡Ya te dije que hoy era un mal día…! ¡Lincoln…! ¡Fray Francisco…! ¡El buzo…! No puedo. Es año bisiesto…

Añadió varias incoherencias debido a la agonía y se retorció expirando.

Benny Nelson permaneció con el «Colt» humeante en la mano y desparramó la mirada hacia el coro de romanos que parecía inquieto, especialmente el jefe Lloyd Ballinger.

Rosalind estaba muy pálida, pero suspiraba de alivio cada vez que miraba a Benny y se convencía de que seguía con vida.

Mattew Hollé rompió el silencio con un aullido.

—¡Tú no puedes estar muerto, Dick!

El *sheriff*, bajo su disfraz de torero mejicano, llegó trotando al lugar donde se había ventilado el duelo.

Miró a Dick *el Melindroso* y exclamó:

—¡Mi madre! ¡Está muerto!

Mattew Hollé dio un respingo.

—Así que es verdad. Dick se nos fue.

Benny intervino.

—Oiga, chapucero; tiene un par de segundos para convertirse en humo… Pero llévese a su patrocinado.

Mattew cargó a Dick sobre el hombro y se alejó hacia la puerta.

El torero mejicano dijo mirando a Benny:

—Soy Bronco Page, el *sheriff* de Lake City.

—Tanto gusto, *sheriff*. Benny Nelson.

—¡Condenación, lo va a pagar!

—¿Qué le pasa, autoridad?

—Usted acaba de matar a un hombre.

—Sí, eso es cierto. Lo ha visto mucha gente además de usted, *sheriff*. Pero ande, dígame; ¿quién se empeñó en sacar a relucir los revólveres?

—Nelson, usted no me gusta nada.

—¿Por qué?

—Tiene demasiada puntería.

—¿Es eso un defecto?

—Para mí, sí.

—Pierda cuidado, *sheriff*. Soy buzo de profesión, no pistolero.

El *sheriff* frunció el ceño.

—¿Quiere embromarme?

—En absoluto, *sheriff*. Le estoy diciendo la verdad.

El viejo Kiff llegó hasta allí haciendo eses porque durante los minutos de suspenso había chupado demasiado de la goma que comunicaba con el tonel de *whisky*.

—Oye, Bronco; yo respondo por Benny Nelson y por su amigo Pat Cucord —señaló a éste que continuaba detrás del tonel asomando la escafandra—. Los he traído yo.

—¿Para qué, Kiff?

—Un día bañándome en el lago se me perdió el anillo de Eduvigis, mi mujer, que en paz descanse. Tú ya sabes en cuánta estima la tenía. Era su único remedio. Por eso traje a los dos buzos, para recuperar mi anillo.

—¡Mentira!

Quien acababa de soltar aquella exclamación era Lloyd Ballinger.

El *sheriff* se hizo miel al ver avanzar al dueño de Lake City.

—Diga, Nerón… Perdón, señor Ballinger.

—Eso que le acaba de contar Kiff es una historia, *sheriff*. Nunca perdió su anillo en el lago.

—¿Cómo lo sabe, señor Ballinger?

—Es la mar de sencillo. Hace cuatro meses, Kiff me vendió el anillo al que se refiere.

Kiff se puso a sonreír.

—Oh, no, señor Ballinger. El anillo que yo le vendí a usted fue el de mi primera mujer, Consuelo. Perdí el de mi segunda esposa.

Benny intervino:

—Ahí lo tiene todo explicado, señor Ballinger.

El dueño de Lake City dirigió una furiosa mirada al joven.

—Será mejor que confiese, señor Nelson.

—¿Qué es lo que tengo que confesar?

—El verdadero motivo por el que usted y su amigo están sondeando el lago.

—Ya ha oído al señor Kiff. Perdió el anillo de su muy querida esposa.

—No me las trago de ese tamaño. —Ballinger entornó los ojos—. Pero es lo mismo. Ya me enteraré, si es que ustedes demoran mucho su marcha.

—¿Qué quiere decir, señor Ballinger?

Ballinger se dirigió al *sheriff*.

—Ande, dígaselo usted, Bronco. Dígale al señor Nelson que los forasteros no son bien recibidos en este lugar. Dígales que les conviene marcharse cuanto antes.

El *sheriff* carraspeó.

—Ya lo oyó, señor Nelson. No está el horno para bollos.

—¿A quién representa usted?, ¡*sheriff*! ¿Al señor Ballinger o a la comunidad?

El representante de la Ley empezó a palidecer.

—¡No le consiento que injurie a la autoridad, Nelson!

—Yo tampoco consiento que se me amenace —repuso Benny, clavando su acerada mirada en los ojos de Ballinger.

Cuatro hombres disfrazados con la toga romana se acercaron con la mano escondida.

Se había hecho un espeso silencio.

Benny escupió las palabras por entre los dientes.

—No haga la señal, señor Ballinger.

—¿A qué señal se refiere?

—Esos cuatro payasos que tiene a su espalda están esperando una indicación de usted para sacar los revólveres.

—Suponga que es así.

—No haga la señal. No la haga o le prometo que nos vamos a divertir todos en grande, empezando por usted.

Ballinger denotó la furia que lo poseía al atirantar los músculos de las mejillas.

De buena gana hubiese dado la señal para que sus hombres se encargasen de aquel entrometido. Pero Nelson no apartaba la mirada de él, lo cual quería decir que la primera bala llevaría escrito su nombre: Lloyd Ballinger.

Por ello se echó a reír.

—Señor Nelson, por lo visto usted olvida que esta noche hemos venido aquí a divertirnos —hizo una pausa y levantó la voz—. ¡Que siga la fiesta como si nada hubiese ocurrido!

Los componentes de la orquesta continuaron interpretando el *vals* que habían interrumpido.

Ballinger se apresuró a acercarse a la señorita Price.

Nelson se dio cuenta de que ella aceptaba la invitación para bailar con el objeto de romper la tensión que había invadido la sala durante algunos minutos.

El viejo Kiff guiñó un ojo al joven.

—Benny, creo que ya pasamos un buen rato, ¿no te parece?

—Sí, será mejor que nos vayamos.

Pat se les unió en el camino a la calle. También él había bebido más *whisky* de la cuenta y tenía la boca estropajosa.

—Por todos los santos del cielo, Benny —tartajeó—. Creo que ya hemos pasado sustos por todo el año. Regresemos a Matagorda.

—Cada vez me gusta más este pueblo.

Pat soltó un gallo.

—Infiernos, ¿lo has oído, Kiff? Cada vez le gusta más este pueblo y ha estado a punto de quedarse para siempre… Pero no pierdas las esperanzas, Benny. Si seguimos aquí, vamos derechos a la fosa.

—Quizá no.

—Demonios, no perdí palabra de todo lo que dijo ese Nerón chamuscado. ¿Y sabes qué conclusión saqué? Seguro que ordena a sus hombres que nos enfríen. Pero antes nos calentarán con plomo.

Caminaron por la calle oscura hacia el callejón donde había dejado el carromato.

Benny se detuvo de pronto.

—Oiga, Kiff; va a tener que hacer un esfuerzo de memoria.

—¿A qué te refieres. Benny?

—¿A qué va a ser? Pat y yo hemos venido aquí en busca de algo y resulta que desconocemos ese algo. No podemos sumergirnos sin saber qué es lo que tenemos que encontrar, de qué cosa se trata, grande o pequeña. Ésa es la cuestión.

—Pero es que yo tampoco lo sé.

—John *el Sincero* no pudo guardar un secreto tan celosamente. Seguro que le dejaría alguna pista para que lo pudiese descubrir sin mucho esfuerzo.

El viejo Kiff se acarició la barbilla pensativo.

—No tengo la más ligera idea de lo que pueda ser. Sólo me dijo…

—Sí, Kiff, ya sabemos lo que le dijo: pero eso no nos ayuda en nada.

—Él ha pasado noches en vela tratando de dar con alguna pista. Benny, te lo juro. Pero todo ha sido inútil. Hasta llegué a esa cabaña maloliente de John por si hallaba algo que me sirviese de ayuda.

—¿John *el Sincero* tenía una cabaña?

—Sí, Benny.

—¿Dónde?

—En la zona pantanosa del lago, hacia el sur. Es un condenado lugar donde sólo hay mosquitos. La cabaña está medio derruida. Sólo hay telarañas y sirve de refugio a todos los bichos de aquellos lugares.

—Bueno, pero dejaría algún equipaje.

—En absoluto. Nada. Allí sólo hay objetos inservibles. Una mesa a la que le falta una pata, varias sillas que no sirven para que se siente uno y los recuerdos de John *el Sincero*.

—¿A qué recuerdos se refiere?

—John fue marinero. Le gustaba enrolarse para las islas del Pacifico… Coleccionaba cosas del mar: ya sabes, estrellas, caracolas, conchas y otras cosillas. Todo lo colgaba en la pared, pero te aseguro que ninguno de esos objetos vale un centavo.

—¿Registraste las conchas?

—Naturalmente. Las he sacudido bien fuerte por si en el interior había algo, pero no he encontrado nunca nada. Además, John no se refirió para nada a la cabaña sino al fondo del lago. ¿Es que no lo recordáis?

—Está bien, Kiff. Haremos una visita a la cabaña y será ahora mismo.

Iba a continuar andando cuando de pronto del callejón cercano les llegó una voz.

—¿Por qué tanta prisa, señor Nelson?

Benny miró hacia aquella parte y vio a tres hombres con la toga romana.

Los tres tenían ya el revólver en la mano.

CAPÍTULO IX

El viejo Kiff fue a retroceder, pero el hombre que acababa de hablar movió el revólver.

—Eh abuelo, quédese ahí.

Pat estaba tan inmóvil como una estatua.

Sólo Benny se echó a reír.

—Eh, oigan, muchachos; el baile de disfraces no es aquí sino un poco más arriba.

—Diga otra gracia y le meto un abejorro de plomo por la boca, Nelson.

—Está bien, chicos. ¿Qué queréis?

—Nos van a decir la verdad.

—¿La verdad? ¿A qué verdad se refieren?

—¿Qué es lo que están buscando en el fondo del lago?

—¿Promete no decírselo a nadie?

—Claro que no, Nelson. Descuide. No se lo diremos a nadie.

—Muy bien. Entonces, se lo diré —hizo una pausa y luego agrego—: Estamos buscando las llaves.

—¿Las llaves? ¿Qué llaves?

—Las que abren la caja fuerte del banco.

Hubo un silencio y el tipo que estaba a la derecha del que dialogaba con Benny dijo:

—No te lo creas, Rodney. ¿Para qué iban a hacerles falta las llaves si no pueden entrar en el banco?

El llamado Rodney apretó las quijadas.

—Usted se cree un tipo vivo, ¿eh, Nelson? Pues bien, se va a convertir en un tipo muerto.

—No diga esas cosas, muchacho. Padezco del corazón.

—Va a dejar de padecer ahora mismo. ¿Y sabe por qué? Porque

le voy a recetar la mejor medicina.

—¿En serio va a tirar a matar?

—Seguro, hermano.

Benny se dejó caer en el suelo y casi al mismo tiempo que él lo hicieron Kiff y Pat.

Los estampidos atronaron el aire.

El tipo llamado Rodney recibió una bala en el pecho y trató de escupirla, pero no tuvo fortuna y se derrumbó.

Sus dos compañeros retrocedieron dando traspiés porque cada uno de ellos llevaba una buena ración de plomo en el cuerpo.

Ambos también cayeron sin dejar de disparar sus armas, pero estaban apretando el gatillo sin tomar puntería.

Benny se puso en pie de un salto y miró a sus compañeros.

—¿Estáis ilesos, amigos?

Kiff y Pat respondieron con gruñidos mientras se enderezaban.

—Salgamos de aquí antes de que acuda el *sheriff* —dijo Benny echando a correr.

Sus dos amigos trotaron tras de él y poco después subían al carro.

Benny espoleó la cabalgadura y ésta partió justo cuando empezaban a oír un vocerío procedente de la casa donde se celebraba el baile de disfraces.

Cuando se encontraron lejos del pueblo Pat soltó un gemido.

—Con la vida tranquila que llevábamos en Matagorda y hemos tenido que venir aquí para meternos en un condenado jaleo.

Kiff concedió:

—Bueno, muchachos, creo que ya habéis hecho por mí. Ahora se están poniendo las cosas demasiado feas y creo que se pondrán peor. Ballinger no es hombre para consentir que alguien le liquide a tres de sus esbirros.

—Lleva mal la cuenta, Kiff —repuso Benny—. Ya le hemos rebajado la plantilla en más de tres.

Pat tironeó de la manga de Benny.

—Eso es una poderosa razón para que pongamos pies en polvorosa.

—¿Quieres que regresemos a Matagorda y que me pase toda la vida pensando en el secreto de John *el Sincero*?

—¡Al infierno con el secreto!

—Está bien, Pat. Vete tú y yo iré un día de éstos, cuando haya tirado de la manta. Ande Kiff, conduzca usted. Lleve el carro hacia la cabaña de John *el Sincero*.

Pat soltó otro gemido, pero ya no volvió a protestar.

Al cabo de una hora de camino, Kiff tiró de las bridas.

—Ahora hemos de tener cuidado —dijo—. Un paso en falso y seriamos tragados por las arenas movedizas con carro y todo.

Pat pegó un salto.

—Sólo nos faltaba eso.

Kiff soltó una risita.

—*El Sincero* John me enseñó el camino.

—Pues procure no tener ningún fallo —dijo Benny.

El joven y su amigo Pat se habían despojado de las vestimentas que usaban para sus inmersiones.

Millares de ranas croaban rompiendo el silencio de la noche. A ese coro se unían los graznidos de los pájaros nocturnos, y de vez en cuando, algún animal de los pantanos se movía por entre las ramas y echaba a correr espantado.

Pat lanzó un grito señalando unos ojos que le miraban desde una rama sarmentosa.

—¡Eh, Benny! ¡Un aparecido!

—Es sólo un búho, Pat. Tienes tanto miedo que pareces un flan…

Kiff soltó un salivazo hacia las aguas pantanosas que dejaban escapar una especie de neblina.

El paisaje se iba tornando poco a poco fantasmagórico.

—¡Mi abuela! —exclamó Pat—. Esto parece una escena del infierno.

Kiff rompió a reír cascadamente.

—Estaría bueno que *el Sincero* John se nos apareciese.

—¡No! —gritó Pat.

—Bueno, así saldríamos de dudas. ¿No te parece, Benny?

—Seguro, abuelo.

El caballo avanzaba lentamente porque Kiff tiraba de las bridas haciéndolo trazar vericuetos a través del peligroso lugar.

De pronto Kiff dio un grito y Pat saltó sobrecogido.

—¿Qué pasa, abuelo? ¿Ya ha visto a John *el Sincero*?

—No. Se trata solamente de su cabaña. Miradla, muchachos.

Efectivamente, allá a la izquierda se podía ver la cabaña a través de jirones de niebla. Era realmente fantasmal, ya que se hallaba medio derruida, al lado de las arenas movedizas.

El agua, por aquella parte, gorgoteaba siniestramente.

—Bonito lugar para pasar unas vacaciones —comentó Pat con voz lúgubre.

Kiff detuvo el vehículo al llegar cerca de la cabaña. Vio que Pat iba a saltar por la derecha y le gritó:

—Eh, Pat, quédate ahí quieto.

—¿Qué pasa?

—Si saltas por ese lado, serás tragado por las arenas movedizas.

Pat se apartó como si le hubiesen mencionado al mismo diablo.

Benny saltó por el lado bueno y caminó hacia la cabaña.

La puerta estaba cerrada, pero su madera parecía carcomida, con algunos agujeros, y al pie de ella crecía la maleza.

De pronto un bicho saltó hacia un lado dando chillidos.

—¡Un jabalí! —exclamó Pat.

—No, muchacho —le corrigió Kiff—. Sólo es una rata de los pantanos.

—¡Demonios, debe pesar cincuenta kilos…!

Benny se adelantó hacia la puerta y le pegó un empujón.

La puerta se abrió con un chirrido.

—Hay un quinqué a la izquierda —dijo Kiff.

Benny frotó un fósforo y vio el quinqué. Por fortuna le quedaba aceite.

Las sombras de los tres hombres se proyectaron en las paredes.

Kiff se había quedado corto en la descripción de la cabaña. Efectivamente, allí sólo había telarañas y polvo y los pocos muebles, una mesa y tres sillones, aparecían volcados.

Sobre la repisa de lo que había sido antes una chimenea, había un velero al que le faltaban algunos de sus mástiles y las velas.

Sobre la pared había caracolas, conchas y erizos del mar.

Benny señaló una puerta al fondo.

—¿Adónde conduce eso?

—Sólo es un dormitorio, pero se quedó sin cama. Algún vagabundo se la debió llevar. Sólo quedan más deshechos del mar que hay por todas las paredes.

—Bueno, manos a la obra —dijo Benny—. Hemos de descolgar

todo lo que hay en la pared y empezar a buscar.

—¡Pero si ya lo he hecho…!

—Da igual. Lo haremos otra vez.

Kiff dio un suspiro de resignación, y, haciendo una señal a Pat, se pusieron a la tarea.

Benny abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio.

Descolgó los recuerdos marinos que había en las paredes y regresó junto a la mesa.

Al cabo de media hora, los tres hombres habían terminado de examinar minuciosamente los productos de mar que John *el Sincero*, había conservado en aquella casa como recuerdo de sus andanzas por los mares del Sur.

—¿No hay nada más? —preguntó Benny.

—Esto es todo… Bueno, queda algo, la ostra que yo guardo como amuleto.

—¿Una ostra?

—Sí. Está cerrada. John *el Sincero* me la regaló unos meses antes de morirse.

—¿Dónde está esa ostra? —preguntó Benny—. Vamos, tráigala en seguida.

Kiff se dirigió hacia la puerta y se agachó levantando uno de los tablones del suelo. Metió la mano por el hueco y sacó la ostra.

—¡Infiernos! —exclamó Pat al verla—. ¿Cuánto tiempo tiene esta ostra, Kiff?

—Vamos a ver. John *el Sincero* hizo su último viaje hace unos dos años.

Benny se la quitó de las manos.

—Esta ostra está muerta y no hay ninguna ostra muerta que pueda permanecer cerrada tanto tiempo —examinó las junturas—. Está claro como el agua. Las dos valvas han sido pegadas con una sustancia resinosa.

Desenvainó el cuchillo del cinturón y valiéndose de la hoja abrió el molusco.

Un papel cayó al suelo, que el propio Kiff recogió con rapidez.

—¡Infiernos! ¡Éste es el secreto! ¡Aquí está, lo hemos conseguido!

Desplegó el papel con manos nerviosas.

Pat sostenía vacilante el candil.

—Es la letra de John *el Sincero* —gritó Kiff.
—No se emocione antes de tiempo y lea, abuelo —dijo Benny.

«Estas letras son para ti, mi querido Kiff, y espero que nadie las pueda leer más que tú. Se trata de mi última voluntad, mi testamento. Te voy a dejar todo lo que me pertenece, que es bastante, a juzgar del mundo. Durante mis viajes a las islas del Sur llegué a una de ellas donde salvé a una princesa indígena de morir ahogada. Su padre, como recompensa, me hizo un regalo. Las cien perlas mejores que formaban parte de su tesoro. Cien perlas únicas. La de menos valor de ellas se podría vender fácilmente por mil dólares».

—Kiff hizo una pausa y estuvo a punto de caer, pero Benny le sostuvo.
Pat soltó una exclamación.
—¡Diablos! ¡Ya sé lo que hay en el lago!
—Continúe, Kiff —dijo Benny.

«A pesar de mis buenos deseos no pude guardar mi secreto y un marinero que viajaba conmigo en el barco. Harold Royce, registró mi cama. Cuando ya tenía la bolsa de las perlas en sus manos, tuve que pelear con él y conseguí arrancárselas. De buena gana hubiese estrangulado a Royce, pero no lo podía hacer a sangre fría. Cometí una equivocación porque, al llegar a tierra. Royce contrató a unos hombres para que me robasen las cien perlas. Por fortuna pude salvar el pellejo y despistarlos. Apenas llegué a Lake City, decidí construir una cabaña en un lugar inabordable para la mayoría de la gente y por eso me vine al pantano. Quizá pienses, Kiff, que hice mal en quedarme aquí, que debí marcharme a cualquier lugar del mundo para disfrutar de mi tesoro; pero yo siempre he despreciado

los lujos y me gustaba ver mis perlas. Desde hace algún tiempo me he sentido enfermo y sé que voy a morir. Hace unos días, cuando estuve en la ciudad, encontré en el almacén general a un extraño hombre que me miraba escrutadoramente. Es posible que sea una alucinación mía, pero en él creí encontrar a un enviado de Royce. Por eso, hoy mismo voy a poner en lugar seguro las perlas».

—Kiff se interrumpió—. Muchachos, necesito un trago de *whisky*.

Pat se sacó el frasco del bolsillo y lo alargó a Kiff, quien le pegó un buen tiento. Luego prosiguió la lectura de la última voluntad del *Sincero* John.

«Entre mis recuerdos traje conchas de ostras. Se me ha ocurrido meter en cada una de ellas cinco perlas y pegarlas con una sustancia resinosa que no puede ser afectada por el agua. Las perlas así preparadas han sido depositadas por mí en el lugar del lago conocido por el nombre de Cueva de los Misterios, a unos ocho metros de profundidad. Para ello me he tenido que sumergir hasta el fondo. En otro tiempo, este esfuerzo no habría significado nada pero ahora ha contribuido a empeorar mi estado. Tú, Kiff, te preguntarás por qué diablos no te he señalado dónde estaban las perlas, puesto que eres el destinatario. Yo te contestaré. Quiero poner a prueba tu voluntad y en segundo término, como sé que todo te lo vas a gastar en *whisky*, espero que así estés más tiempo en conserva. Te he dicho que en el fondo del lago puedes encontrar tu futuro y ya ves que no te he engañado. Y si las perlas continúan allí por los siglos de los siglos, en buen lugar estarán. Al fin y al cabo, te evitaré muchas cogorzas. Pero si las encuentras, salud para disfrutarlas. *El*

Sincero John».

Kiff terminó de leer y tuvo un fallo en las piernas.

—Sujetadme, muchachos, que me desplomo… ¡Cien perlas en el fondo del lago! ¡Cien…!

Pat dejó el quinqué sobre la mesa coja.

—¿Qué estamos esperando? Larguémonos cuanto antes a bucear.

—Es de noche, Pat —dijo Benny.

—Da igual. Emplearemos las lámparas especiales.

De pronto se oyó una carcajada procedente del exterior de la cabaña.

El viejo Kiff lanzó un chillido y saltó sobre los brazos de Pat, pero éste no pudo mantenerse en equilibrio y se derrumbó en el suelo.

CAPÍTULO X

Sólo Benny se quedó donde, estaba, la mano sobre el revólver.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pat gateando por el suelo.

Kiff se escondió mientras respondía:

—Es la carcajada de John *el Sincero*.

—¡El aparecido! —gritó Pat.

—Cálmense los dos —dijo Benny—. Yo no creo en aparecidos sino en tipos de carne y hueso.

Justo cuando acababa de decir la última palabra sonó de nuevo la estridente carcajada.

Kiff y Pat galoparon a cuatro patas por la habitación buscando un lugar donde esconderse, pero al no encontrarlo, se arrimaron a la pared.

Benny se acercó a la puerta con el revólver en la mano.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¿Dónde está?

Pat chilló:

—¡No le hables así a un fantasma…! ¡Déjalo que se marche!

—No, Pat. Quiero verle la cara. Nunca he visto a un fantasma; y ¿por qué perder la oportunidad ahora?

De pronto, llegó una voz por la parte trasera que se filtró a través de los intersticios de la madera.

—Óyeme, Kiff.

Era una voz ronca, de ultratumba.

—¡Dime, John, dime! —exclamó Kiff, revolviéndose hacia el hueco que comunicaba con el antiguo dormitorio.

—He cambiado de opinión con respecto a las perlas y me las llevo. No hace falta que busquéis más. Son mías y me largo con ellas.

—¡Sí, John, sí! —gritó Kiff—. Haces muy bien…

Benny salió de la cabaña sigilosamente y se deslizó junto a la pared.

Todo estaba demasiado oscuro.

Al llegar a la esquina saltó hacia un lado con el revólver por delante.

—¡Quieto ahí, fantasma!

Los arbustos se movieron y algo se escurrió por entre la maleza.

—¡Voy a disparar! —gritó Benny—. ¡Deténgase!

Pero fue el fantasma quien disparó primero.

Benny resultó cegado por el fogonazo y sintió que la bala le rozaba la oreja mordiendo luego en los tablones carcomidos de la cabaña.

Apretó el gatillo dos veces pero supo que no había dado en el blanco porque ya el desconocido había cambiado de lugar.

Oyó a lo lejos el ruido de una carreta y saltó hacia delante en su persecución, pero, de súbito, tuvo la impresión de que una mano brotaba de la tierra y lo agarraba por el tobillo.

Frenado en el impulso, se estrelló de bruces en el fango.

Lanzó una maldición y revolviéndose para atacar lleno de furia, pero se quedó quieto al comprender que ningún ser humano lo había hecho caer. Eran simplemente unas raíces que sobresalían del suelo.

Se levantó, pero no oyó ningún ruido que le señalase el camino seguido por el fugitivo.

De la cabaña tampoco le llegaba ninguna voz.

Retrocedió rápidamente y entró por la puerta.

El viejo Kiff y Pat lanzaron gritos desde el suelo escondiendo la cara entre las manos.

—¡No, John! —gritó Kiff—. ¡No queremos las perlas! ¡Llévatelas!

—¿Quieren dejar de hacer el chiquillo? —rezongó Benny—. Ese tipo que estaba ahí fuera trató de liquidarme enviándome una posta. Y puedo jurar que no era ningún fantasma.

Kiff y Pat se pusieron en pie.

El viejo repuso:

—¿Quién podía ser si no?

—Quizá nos ha seguido alguno de los enviados de Lloyd.

—Entonces, ¡se ha enterado de lo de las perlas!

—Es posible, pero también cabe otra hipótesis.

—Desembucha, Benny.

—En su testamento, *el Sincero* John se refirió a ese marinero, Harold Royce.

—¿Supones que era él?

—No hay nada seguro, pero también es algo a tener en cuenta.

Pat se mordisqueó las uñas.

—Ya decía yo que parecía demasiado fácil… Infiernos, ahora nos las tendremos que ver con dos enemigos a la vez… Lloyd Ballinger y Harold Royce.

* * *

Lloyd Ballinger soltó una imprecación.

—¿Qué te parece eso, Artie? Ha matado a tres de nuestros hombres… ¡Ese bastardo!

Artie Mac Adams golpeó la culata del «Colt».

—Déjelo de mi cuenta, señor Ballinger. Ese fulano no vivirá mañana.

—Calla, Artie. No sabes lo que dices.

—Le juro que…

—¡He dicho que te calles! ¿Y sabes por qué, Artie? Porque estoy seguro de que Benny Nelson podría matarte mientras se bebe un refresco. Yo fui testigo de su duelo con *el Melindroso*. Nadie me lo ha contado…

—Muy bien, patrón. ¿Qué se le ocurre entonces?

—Acabar con él, naturalmente. Pero antes quiero saber una cosa.

—¿El qué?

—¿Por qué infiernos se llegó aquí ese tipo con su compañero? ¿Qué es lo que buscan en el fondo del lago?

—A lo mejor el viejo Kiff descubrió una pepita de oro.

—Ya he pensado en ello, pero en esta tierra no ha habido jamás oro…

—¿Y si fuese petróleo? Me han dicho que hay ciertos lagos donde se encuentra el petróleo en el fondo. Ya sabe, debajo de tierra.

—Si, pero a mí también me han dicho que hace falta una fortuna para explotarlo y Kiff no tiene donde caerse muerto. Además, el lago pertenece a la comunidad, no es propiedad de Kiff.

—Pero usted es como si fuese el dueño.

—Eso está fuera de toda duda. Pero hablábamos de ese viejo borracho. Lo que busque no puede ser nada que pueda vender puesto que no tiene la propiedad.

—A ver si resulta que es verdad lo del anillo.

—No seas estúpido, Artie. Ya te he dicho que me lo vendió a mí.

—Quizá se le ha caído otra cosa.

—¿Qué cosa se le puede haber caído para que traiga dos buzos de Matagorda?

El capataz se rascó la cabeza.

—La verdad es que sólo se le ocurre a uno pensar que debe ser una cosa muy importante.

De pronto se oyeron voces fuera.

—Dime qué pasa, Artie —exclamó Lloyd—. Si es alguien que se ha rebelado, le voy a dar un escarmiento.

Artie se asomó a la ventana.

—Son Jonathan y Barton. Traen a un hombre.

—¿A un hombre? ¿Te refieres a Benny Nelson?

—El tipo tiene unos cuarenta años y su traje está lleno de barro.

—No, no es Benny Nelson. Pregúntales qué ocurre.

—¡Eh, chicos! —gritó Artie—. ¿Qué hay con el fulano?

Ballinger oyó la voz de Jonathan:

—Lo encontramos merodeando por el lago. No quiso decirnos a qué había ido por allí.

El desconocido protestó.

—Sólo soy un viajero que se extravió.

Artie miró a Ballinger interrogativamente.

—Está bien. Que le den una paliza y que lo suelten —contestó Lloyd—. Así no se confundirá más.

—Corriente, patrón. ¡Dale un buen escarmiento!

—¡No! —protestó el desconocido—. ¡No me peguen, muchachos! Os daré cincuenta dólares a cada uno si me dejáis en paz y habrá otros cien para vuestro patrón.

El capataz sonrió.

—¿Lo has oído, Lloyd? Parece que el fulano tiene bastante pasta.

Ballinger se echó a reír también.

—Bueno, si está dispuesto a pagar que suelte el dinero y que lo dejen en libertad.

—Está bien Jonathan. ¡Dile que escupa los doscientos dólares! ¡Es un buen derecho de pasaje!

El hombre con el traje lleno de barro dijo:

—El caso es que no tengo dinero, pero dentro de unos días lo tendré.

Ballinger soltó un rugido.

—¡Maldito seas! Otro bromista. Dile a los chicos que le arranquen la piel. ¡Díselo!

—¡Muchachos, al hoyo con él! —gritó Artie.

Se oyó la voz implorante del desconocido.

—Os daré trescientos dólares… Mil dólares… ¡Dejadme en paz…! ¡No me peguéis…! Tendré dinero, mucho dinero… ¡Quiero hablar con vuestro jefe ahora mismo! ¡Él me necesita…! A él le convenceré.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Artie—. Quiere hablar con usted, Lloyd.

—Estoy cansado de oír fabulistas. Que empiecen a sacudirle. Quiero oír sus gritos.

—Adelante, muchachos.

Se oyó un restallido al que siguió el golpe seco que produce un cuerpo al chocar contra el suelo.

—¡No, muchachos…! ¡No me peguéis…! ¡Quiero hablar con vuestro jefe…! ¡No me hagáis daño…! ¡Le daré un tercio de la fortuna que hay en el lago…!

Ballinger dio un respingo.

—¿Qué es lo que acaba de decir ese desgraciado?

—Yo también lo he oído —repuso Artie—. Se ha referido a una fortuna que hay en el lago.

El desconocido soltó otro grito al ser alcanzado por uno de los verdugos.

—Que no le peguen más —gritó Ballinger—. Traedlo aquí.

—Eh, Jonathan; no le machaques… Orden del jefe.

—¡Condenación…! ¡Ahora que empezaba a divertirme…!

—Sin rechistar, Jonathan —exclamó Artie.

—Este tipo ha perdido el conocimiento.

—Traedlo en volandas.

Al cabo de un rato dos hombres entraron en la habitación llevando a cuestas el cuerpo inmóvil del desconocido, quien

chorreaba sangre por la nariz.

Lo dejaron en un sillón.

Ballinger hizo chasquear los dedos y Jonathan y Barton salieron de la estancia.

Ballinger observó al forastero. Podía estar por los cuarenta o cuarenta y cinco años de edad. Era de cabeza alargada y tez muy morena, curtida por los elementos.

—Acércale un poco de *whisky* a los labios, Artie.

El capataz escanció en un vaso y llevó éste a la boca del hombre que estaba sin sentido, el cual poco después empezó a recuperarse.

Miró con miedo a los hombres que se hallaban con él en la habitación.

Ballinger lo señaló con el dedo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Harold Royce.

—¿Qué hay de verdad en eso de la fortuna del fondo del lago?

—¿He dicho yo eso? —Forzó una sonrisa Royce—. Debe haber sido en sueños.

Lloyd desenfundó el revólver.

—Oye, muchacho; has llegado en mala hora para hacer gracias. Estoy harto de ellas, ¿sabes? Da otra respuesta incorrecta y este cañón escupirá una bala que te desparramará los sesos.

Harold tragó saliva y dijo:

—Lo de la fortuna es cierto.

—He preguntado de qué se trata.

—De perlas.

—¿Perlas?

—Sí.

—Maldita sea… ¡Te la has ganado!

Ballinger fue a apretar el gatillo.

Royce se dejó caer de rodillas.

—¡No dispare…! ¡Lo que he dicho es cierto…! ¡Las perlas pertenecían al *Sincero* John, pero hasta esta misma noche no he sabido dónde las había escondido…! ¡Le diré de qué forma he podido dar con el secreto…!

CAPÍTULO XI

Estaba amaneciendo.

El viejo Kiff había conducido a sus dos amigos, Nelson y Cucord, al lugar del lago en cuyo fondo se encontraba la Cueva de los Misterios.

En tierra firme se levantaba un conglomerado de rocas.

Benny había estado subido en una de ellas con el «Colt» en la mano oteando el horizonte.

Pat subió también a una enorme piedra, y después de dirigir una mirada a su alrededor, dijo:

—Le diste un buen susto al fantasma, Benny. Estoy seguro de que no volverá.

—Está bien, compañeros —repuso Benny—. Vosotros os quedaréis fuera. Yo bucearé.

—¿Sin la escafandra?

—Ya oíste la carta del *Sincero* John. El también buceó por sus propios medios. Sólo hay ocho metros y la escafandra podría ser una dificultad si las cosas se pusieran mal.

—No tientes a la suerte —exclamó Pat—. Las cosas seguirán estando bien ahora que ya se ha descifrado el misterio.

Kiff se atizó un trago de *whisky* y después de relamerse, comentó:

—La vida es hermosa, muchachos.

Nelson saltó de la piedra que le había servido de observatorio.

—Tú quédate ahí, Pat. Usted, abuelo, será mejor que también esté preparado para apretar el gatillo.

Los dos hombres no dijeron nada y el joven se desnudó rápidamente quedando solo con un calzoncillo muy corto.

Hizo un saludo con la mano y se arrojó de cabeza al agua.

Buceó hacia el fondo.

Abajo, el terreno era lo mismo que por arriba. Estaba lleno de rocas y en lo más hondo había una enorme gruta.

Benny examinó atentamente en torno sin encontrar rastros de las ostras.

Cuando agotó el oxígeno de sus pulmones, emprendió otra vez la ascensión.

Apenas apareció en la superficie, oyó gritar a Kiff:

—¡Quiero la primera ostra!

—No he encontrado ninguna, abuelo.

—¿Cómo?

—¡Allá voy otra vez!

Respiró profundamente y volvió a sumergirse.

Ya conocía el terreno y esta vez fue derecho a la cueva.

Entró braceando por la gran boca.

De pronto las vio. Allí estaban las ostras, a un costado de la pared, sobre un lecho de guijarros.

Comprendió la intención del *Sincero* John. Allá en el interior no se movía el agua. *El Sincero* John había querido que las ostras permaneciesen en el mismo lugar donde él las había dejado.

Tomó dos de ellas y emprendió la subida.

Cuando rompió de nuevo la superficie del agua con la cabeza, esta vez no oyó ningún grito.

Kiff y Pat estaban con la boca abierta.

—Bien, abuelo, ahí tiene un par de ejemplares.

Los tiró a la orilla y sus dos compañeros se arrojaron sobre ellas dando gritos.

—¡Eh. Pat, dame la bolsa que trajimos! ¡Las sacaré todas de una vez!

Pat le arrojó la bolsa y Nelson, después de atraparla en el aire, sumergióse nuevamente.

Invirtió muy poco tiempo en recoger las dieciocho ostras restantes que fue depositando una a una en el interior de la bolsa.

Finalmente, emprendió la ascensión.

—Gracias, muchachos. Habéis trabajado para mí.

Instantáneamente, dejó caer la bolsa que todavía no había sacado a la superficie y sintió como se iba al fondo.

Alguien rió.

—Eh, jefe, ahí tiene al vivales.

Pat y Kiff estaban rodeados por Lloyd Ballinger y otros seis hombres.

Ballinger tenía en su poder una de las ostras que estaba ya abierta y en cuyo interior contemplaba las cinco perlas.

Kiff gritaba:

—¡No tiene usted ningún derecho a despojarme de lo que me pertenece, señor Ballinger!

Ballinger miró hacia donde estaba el joven nadando.

—¿Cómo está el agua, Nelson?

—Muy húmeda.

—Ande, traiga acá las otras ostras.

—¿Qué ostras?

Ballinger sonrió.

—Usted sabe perfectamente a qué ostras me refiero. A las otras dieciocho que se disponía a sacar y que dejó ahí abajo *el Sincero* John.

Benny observó los revólveres que le apuntaban. Eran justo seis.

Rezongó una maldición para sus adentros.

—Bueno, Ballinger, suponga que buceo para traerle las ostras. ¿Qué va a pasar con nosotros?

—No va a pasar nada. Me quedaré con las perlas y ustedes conservarán la vida.

—¿Es ése el trato?

—Naturalmente.

—Escúcheme bien, Ballinger. Si usted toca un pelo a Kiff o a mi amigo Pat, no tendrá las perlas.

Ballinger hizo un gesto afirmativo.

—Descuide, Nelson. Sus amigos quedarán enteros.

Pero Nelson leyó en los ojos de aquel hombre su verdadera intención. Estaba claro que cuando tuviese en su poder las ostras, daría orden a los verdugos de que apretasen el gatillo.

—Está bien, señor Ballinger, ahora le saco los restantes estuches.

—Adelante, muchacho.

Benny tragó aire y se sumergió.

Cuando llegó al fondo atrapó la bolsa, pero en lugar de subir a la superficie, empezó a bracear rápidamente por la costa rocosa alejándose del lugar donde se encontraba Ballinger con sus sicarios.

Era el único modo de conservar su vida y la de sus compañeros. Podía ocurrir que Ballinger matase a Pat y al viejo, pero, si alguna probabilidad había de que conservasen la vida, era ésta que estaba poniendo en práctica.

Cuando ya no pudo resistir más, subió arriba, pero lo hizo impulsándose en las aristas de las rocas porque se estaba ahogando.

Salió cara al cielo suavemente, sin hacer ningún ruido.

Dio un suspiro de alivio. Desde allí no podía ver a ninguno de los hombres ni tampoco ser visto por ellos.

Oyó la voz de uno de los tipos.

—Eh, señor Ballinger, ese fulano no aparece. Apuesto a que se ha ahogado.

Pat se puso a soltar lamentaciones.

—Debe haberse ahogado, señor Ballinger… ¡Deje que me arroje ahí dentro!

—Quédate ahí, grandullón.

—Por favor, señor Ballinger, usted no conoce las profundidades submarinas… Yo sé lo que le ha pasado… Reconocí el fondo, ¿lo recuerdan? Hay muchas algas. Seguro que el pobre está con las ostras en la mano y ha sido atrapado por el tobillo…

Nelson sonrió. Pat estaba representando bien su comedia.

—¡Cinco segundos más y será demasiado tarde, señor Ballinger…! Déjeme que lo saque y podremos hacerle la respiración artificial.

—Está bien, muchacho. Tírate, pero si no sacas las ostras, juro que te meto una bala en la sesera.

—Sí, señor Ballinger. Gracias señor Ballinger…

Nelson oyó el chapoteo que producía Pat al arrojarse al agua.

Benny esperó un rato y a poco le vio acercarse por entre dos aguas. Alargó la mano y le atrapó del hombro tirando de él fuertemente.

Cuando Pat fue a soltar una exclamación, el joven le puso una mano en la boca.

—Silencio, muchacho.

Oyeron la voz de Ballinger.

—Esos tipos nos han engañado. Seguro que están por cualquier lugar de la costa.

El viejo soltó una risotada.

—Mis dos amigos son listos como el demonio, señor Ballinger. No tiene nada que hacer contra ellos.

—Maldito renacuajo. Yo te voy a arreglar.

Se oyó un golpe y Kiff lanzó un grito que cortó en flor.

Benny hizo rechinar los dientes.

—Lo ha golpeado con el revólver.

Luego oyeron nuevamente a Lloyd.

—Vamos, muchachos, coged esta basura y tiradla al agua.

Pasaron unos segundos y luego se oyó el ruido que producía el golpe de un peso muerto en el agua.

Benny alargó la bolsa de las ostras a Pat.

—Espera aquí. Voy por el abuelo.

Benny se sumergió rápidamente y braceó con vigor saliendo al encuentro del cuerpo de Kiff que se hundía en el fondo.

Lo cazó a unos cuatro metros de la superficie, y atrapándolo por el cuello, inició el regreso adonde estaba Pat.

Por fortuna para él, Kiff pesaba poco. Cuando salió arriba hizo una señal a Pat.

—Vamos, muchacho. Hemos de alejarnos de aquí cuanto antes.

Ballinger estaba impartiendo órdenes.

—¡Quinientos dólares al que encuentre a esos bastardos! ¡Animo, muchachos, deben estar cerca! ¡Mirad por todos los agujeros…!

Benny y Pat se alejaron de aquel lugar llevando arrastras al inanimado Kiff.

Tenían ventaja sobre sus perseguidores, ya que éstos tenían que avanzar por un terreno rocoso, lleno de enormes grietas, mientras ellos lo hacían por el agua.

Benny descubrió una gruta, cuyo suelo estaba seco.

Llegados allí, hicieron la respiración artificial al abuelo, el cual soltó bastante agua por nariz y boca.

—De buena nos hemos librado —dijo Pat mientras sacaba el frasco de *whisky* del bolsillo trasero del abuelo.

Al cabo de un rato, Kiff volvió en si.

—¡Mis ostras…! ¡Mis perlas…!

—Descanse, abuelo —dijo Benny—. Tiene la mayor parte de la colección —le enseñó la bolsa donde estaban las dieciocho ostras de las veinte que le había dejado *el Sincero* John.

—¡Santo cielo! Tú eres un hacha, Benny. Por algo confié en vosotros.

Benny chascó la lengua.

—No cante victoria todavía. Ese Ballinger es duro y por añadidura, cada vez que vea las diez perlas que están en su poder, tendrá en cuenta que existen otras noventa… Y apuesto a que no descansará hasta tener la serie completa.

—Tienes razón, Benny —asintió el abuelo—. Huiremos de aquí.

Nelson dio unos pasos por la entrada de la gruta mientras se rascaba el cogote pensativo.

—No creo que eso sirva de mucho. Ballinger ordenaría nuestra persecución.

Pat le apuntó con el dedo.

—Déjate de cuentos, Benny. Yo sé que te va por la cabeza.

—¿Qué se te ocurre?

—Nos conviene huir a todos, pero tú prefieres no hacerlo por la chica. Y no me preguntes a qué chica me estoy refiriendo.

Benny hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, Pat, me quedo por la chica. Pero no es razón para que vosotros continuéis en el lugar de más peligro. Os largaréis los dos con las perlas.

—Tú vendrás con nosotros —opuso Pat.

—No, compañeros. Me di cuenta de que Ballinger está por Rosalind y no voy a consentir que un bombón como ella caiga en manos de un tipejo de esa calaña. Tengo una idea que nos servirá.

—¿Cuál? —preguntó Kiff.

—Usted y Pat se largan al pueblo de La Cadena. Pasamos por el camino hacia acá.

—Sí, lo conozco —asintió Kiff—. Está quince millas al norte.

—Ustedes me esperan en la posada de Andrés Rivero.

—¿Y cuándo vas a ir tú?

—Voy a tratar de convencer a Rosalind para que venga conmigo.

—Supón, que se niega a seguirte.

—Entonces estará claro que prefiere a Ballinger y yo respetaré su voluntad. Lo único que no quiero es que ella haga las cosas a la fuerza.

—Es una idea descabellada —saltó Pat.

—Me conoces bien, Pat. No hay nada que hacer.

—Sí, te conozco bien y sé que eres el más grandísimo cabezota de todo el golfo de México.

Benny señaló el interior de la gruta.

—Voy a echar un vistazo por ahí dentro.

Al cabo de un rato de estar andando vio un gran agujero de luz.

Se dio más prisa y poco después se asomaba por el hueco que daba a una ladera de la montaña. Entonces retrocedió y dio cuenta a sus amigos de su descubrimiento.

Los tres salieron por el extremo opuesto de la caverna.

Estaban descendiendo cuando apareció ante ellos un hombre con un rifle en la mano.

—¡Quietos, chicos!

Los tres amigos se inmovilizaron.

El tipo que los había descubierto soltó una risotada.

—Bueno, soy el fulano de la suerte. Yo seré quien cobre los quinientos dólares que dan por vuestra piel.

—Espera un momento, muchacho —dijo Benny, y levantó la bolsa donde estaban las ostras—. ¿Sabes lo que es esto? Las noventa perlas que quiere tu jefe.

El hombre, que ya se disponía a disparar el rifle, dejó de presionar el dedo sobre el gatillo.

Benny se dio prisa en continuar:

—Aquí hay noventa perlas. Estas perlas valen mucho más de quinientos dólares —se fue acercando a él—. Te podemos dar un buen puñado. Tú no das cuenta a tu jefe de que nos has descubierto y tendrás un premio mucho mayor que si nos liquidas. Luego sólo tienes que pedir la licencia a Ballinger y habrás hecho fortuna para toda tu vida.

Los ojos del pistolero brillaron codiciosos.

—Tengo otra idea mejor, Nelson.

—¿Cuál?

—Me voy a quedar con todas las perlas.

—¡Oh, no puedes hacer eso!

—¿Quién dice que no? Os voy a liquidar a los tres y luego esconderé por aquí mismo la bolsa. ¿Qué te parece el plan, chico? Cuando sea de noche regresaré por el botín y me largaré.

—Ballinger sospechará lo que ha ocurrido cuando note tu ausencia y te buscará hasta en el mismo infierno.

—Entonces tendré mucho dinero para pagar a gente con pistolas que me defiendan.

Nelson comprendió que tenía la partida perdida.

El forajido estaba arqueando otra vez el dedo sobre el gatillo.

Entonces el joven le arrojó la bolsa con las ostras sobre la cabeza y él saltó a continuación.

El asalariado de Ballinger se agachó rápidamente para burlar la bolsa que iba a golpear contra su cabeza, pero no pudo evitar que Benny cayese sobre él.

Nelson le propinó un golpe en la muñeca y el tipo, víctima de calambres, dejó caer el rifle.

Luego Benny hizo percutir su puño derecho contra el mentón de su enemigo, el cual escupió algo ininteligible y se desmayó.

Pat ya había emprendido la carrera para ayudar a Benny, pero, cuando llegó al lado de éste, ya no hacía falta su colaboración.

—Bueno —dijo Nelson, que seguía en paños menores—, creo que la indumentaria de este tipo me vendrá un poco grande, pero, al menos, podré cubrir mi piel.

Empezó a desnudar al fulano, y cuando éste iba a recuperar el sentido, le soltó otro trallazo reenviándolo a la región de los sueños.

Al cabo de cinco minutos, Benny se cubría con las ropas del hombre que los había sorprendido.

—Vamos, muchachos —dijo—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Y seguidamente reemprendieron el camino hacia Lake City.

CAPÍTULO XII

Benny entró en la tintorería.

Rosalind estaba atendiendo a una señora muy gorda.

—Esto ya lo trajo roto, señora Pinkerton —decía la joven.

—De ninguna manera. Esto lo ha roto su máquina, Rosalind.

—Lo miré bien todo antes de ponerlo a lavar y le aseguro que este roto estaba, señora Pinkerton.

—Tengo una hermana en Kansas City y allí hay muchas tintorerías y en ninguna de ellas se rompe la ropa como aquí.

—Son cuatro dólares noventa y cinco —dijo la joven cortando la discusión.

La señora Pinkerton pagó su dinero, pero se marchó muy descontenta con su ropa.

—Hola —dijo Benny, que había permanecido en la penumbra hasta entonces.

La joven alzó los ojos demostrando que ya lo había visto antes. Observó la indumentaria con que se cubría el joven y dijo:

—¿A quién ha matado esta vez?

—Estoy sin estrenarme desde anoche.

—¿Se cree muy gracioso? No me gustan los hombres que van disparando por ahí.

—A veces hay que matar para que no te maten.

—He oído a muchos pistoleros decir lo mismo.

—¿Cree sinceramente que soy un pistolero?

La joven fue a darle una respuesta afirmativa, pero en el último momento se interrumpió.

—No me importa lo que usted sea o deje de ser.

—Oh, no Rosalind, eso no es cierto.

—¿Qué supone?

—Le diré mi punto de vista sobre la cuestión.

—No sé a qué punto de vista ni a qué cuestión se refiere.

—La quiero a usted. Rosalind.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. La quiero. Deseo que sea mi mujer.

—¡Pero usted… usted…!

—Yo… Continúe.

—No sabe lo que dice.

—Claro que lo sé.

—¡Pero si sólo nos hemos visto dos veces…!

—Fueron dos ratos estupendos.

—Maravillosos diría yo… ¡Oh! Perdón…

Él sonrió.

—Ya lo ha dicho; maravillosos… También lo fueron para mí.

—No he sabido lo que decía.

—Claro que lo ha sabido.

Benny se acercó a ella lentamente. El mostrador estaba por medio.

De pronto él la tomó por los brazos y dio un tirón de ella levantándola en vilo.

—Eh, ¿qué hace? —dijo Rosalind, pero no pudo seguir porque Benny le selló los labios con un beso.

—Rosalind, tienes que venir conmigo.

—¿A dónde?

—Lejos de aquí.

—Oh, no, Benny… Tengo aquí mi negocio.

—Lo podemos instalar en otra parte.

—Pero nos tendríamos que llevar la maquinaria…

Pero tampoco pudo continuar porque él la volvió a besar. Cuando Nelson se apartó de la joven, ésta estaba como hipnotizada.

—¿Me escuchas, pequeña?

—Sí, Benny.

—Te voy a contar una historia y entonces, sabrás por qué quiero que nos marchemos.

A continuación le hizo el relato de todo lo que les había acontecido a él y a Pat desde que llegaron a Lake City llamados por el viejo Kiff.

Cuando hubo terminado, ella exclamó:

—¡Dios mío! Lloyd Ballinger debe estar muy furioso porque lo has burlado.

—Ese tipo es un indeseable y me gustaría ajustarle las cuentas. Quizás algún día me anime a hacerlo.

—¡Oh, no Benny! Me gusta más tu idea de marcharte de aquí.

—Marcharnos —le corrigió él.

—Escucha; hay un hombre, Goy Bacall, que hace tiempo me hizo una oferta por el negocio. Hablaré con él para traspasárselo. Lo ventilaré todo rápidamente, hoy mismo, y mañana me reuniré contigo en La Cadena.

—No me gusta. Lloyd Ballinger te tiene puesto el ojo encima, y, cuando se entere de que te dispones a traspasar el negocio, pondrá toda la carne en el asador para que no te vayas.

—No debes preocuparte por mí. Siempre he sabido arreglármelas sola.

—A pesar de todo, no te puedo abandonar en estas circunstancias; permaneceré en el pueblo hasta que hayas ventilado tu negocio. Me hospedaré en cualquier hotel.

—Pero ellos te matarán.

Benny levantó el rifle de que había despojado al empleado de Ballinger.

—Tengo esta arma, muchacha. Que se atrevan a enfrentarse conmigo y se lo haré pagar caro. Anda, ¿por qué no empiezas ya por enviar un recado al señor Bacall? ¿Quieres que vaya yo?

—Enviaré a Kuang, mi empleado.

La joven se metió en el taller de lavado y a poco apareció acompañada por el chino llamado Kuang.

—Dile al señor Bacall que le estoy esperando. Date prisa, Kuang.

El chinito se largó pegando saltos.

—Será mejor que te vayas ahora, Benny —dijo Rosalind.

—Está bien. Te esperaré en el hotel *Alondra*. Envíame a Kuang en cuanto hayas cerrado el trato.

—Sí, Benny.

El joven la besó otra vez en la boca y le palmeó la mejilla.

Minutos después, Nelson estaba escribiendo su nombre en el registro del hotel ante un empleado provisto de un grueso bigote, cuando oyó la voz del *sheriff* Bronco Page.

—Dese preso, Nelson.

Fue a girar, pero el representante de la ley le detuvo.

—No dé la vuelta con el rifle o le juro que le aso.

El empleado de bigotes de morsa se dejó caer tras el mostrador, en previsión de que Bronco enviase una andanada.

Benny dejó el rifle sobre el pupitre y se volvió lentamente.

Bronco Page estaba en la puerta con un «Colt» en la diestra.

—¿Qué le ocurre, *sheriff*?

—¿Y lo pregunta? Anoche mató a tres hombres en el callejón del Pienso.

—Era el pienso que aquellos tipos necesitaban para su estómago. Plomo.

—No haga chiste, Nelson; su situación es muy precaria.

—Oiga, Bronco; usted no puede detenerme.

—¿Quién le dice que no?

—Sabe perfectamente que los tres hombres que liquidé en ese callejón me habían sido enviados por Lloyd Ballinger.

—No sé nada.

—¿Va a negar que los tipos disfrazados de romanos eran empleados de Lloyd?

El *sheriff* carraspeó.

—Bueno, eran empleados; pero eso no le da autorización para matarlos.

—¿Va a negar que esos mismos fulanos no sacaron los revólveres en la fiesta porque yo advertí a Ballinger que la primera bala sería para él?

—Deje de hacer preguntas. Es a mí a quien corresponde hacerlas.

—Empiece por la primera.

—¿Dónde están sus dos amigos?

—Entiendo, se refiere a Kiff y Pat.

—Naturalmente.

—No los he visto desde hace algún tiempo.

El *sheriff* entornó los ojos.

—Me está engañando.

—Oiga, *sheriff*, usted se está poniendo pesado…

—Va a venir conmigo a la oficina.

—¿Para qué?

—Lo dejaré instalado en una buena celda.

—No hay ninguna celda buena para mí. Soy un tipo al que le gusta mucho la libertad.

—Dígaselo al juez que lo haya de juzgar. Quizá lo tenga en cuenta.

—Así que se lo ha tomado en serio, ¿eh, *sheriff*?

—Completamente.

—Está bien, Bronco. Por lo visto no me queda otra alternativa.

—Ahora se hace cargo de las circunstancias.

Nelson dio un paso hacia la puerta. Su mano estaba sobre el mostrador y de pronto se corrió hacia el gatillo y sonó un estampido.

El *sheriff* soltó el revólver al mismo tiempo que escupía una maldición.

Nelson tomó entonces el rifle y apuntó al representante de la ley, quien se estaba mirando la mano para comprobar que no tenía ninguna herida de bala.

—¡Nelson, maldición! ¡Esto que acaba de hacer lo va a pagar caro!

—Concédame el uso de la palabra, *sheriff*. Se lo ruego.

—¿Qué quiere decir?

—No soy un primo.

—¿Qué dice?

—Ya sabe lo que es un primo, ¿verdad, *sheriff*? Pero yo se lo aclararé por si acaso no está bien informado. Un primo es un tipo a quien se le hace cargar con el mochuelo, con la culpa de otro. También puede ser un fulano del que se abusa impunemente. En general, son buenas personas, pero no tienen espíritu de rebeldía. O para decirlo de otra forma, tienen miedo, mucho miedo. Lo tienen metido dentro del cuerpo y es lo que les impide protestar.

—Me está cansando, Nelson.

—Ya termino, *sheriff*. Le dije al principio que yo no era de esa clase de tipos. No consiento que nadie me haga pagar la culpa de otro. Esos hombres que liquidé en el callejón del Pienso eran vulgares asesinos, tipos pagados por Ballinger a quienes él había ordenado que me retirasen de la circulación. Por tanto, es a Lloyd a quien debería detener y meter en esa celda tan buena a la que se refirió. Pero yo sé que eso no lo va a hacer. De todas formas, déjeme en paz a mí, Bronco. Déjeme en paz o le juro que la próxima vez no

me podré contener.

Bronco Page se había puesto lívido.

Se agachó sobre el revólver que había ido a parar contra la pared y lo devolvió a la funda. Luego se quedó mirando al forastero.

—Oiga, Nelson; todavía está a tiempo.

—¿De qué?

—Lárguese ahora que tiene el rifle por la empuñadura.

—No crea que me gusta estar en su pueblo, *sheriff*. No, no me gusta nada. Me iré en cuanto pueda. Pero no trate de arrojarme por las malas, o por las calles de Lake City correrá más sangre.

El *sheriff* arrugó la nariz.

—Recuerde que le avisé. Nelson.

—Gracias, *sheriff*. Lo tendré en cuenta.

El representante de la ley dio media vuelta y salió del hotel.

El empleado de los grandes bigotes se puso en pie enjugándose el sudor de la cara con un pañuelo.

—Señor Nelson…

—Diga, amigo.

—No es que tenga nada contra usted, pero el dueño me tiene dicho que aquí no se debe oír ningún ruido…

—No se preocupe, compañero, todo irá bien. ¿Sabe cómo me llamaban en Matagorda? Benny *el Silencioso*.

Y tras decir esto, Nelson se dirigió hacia la escalera por donde subió.

Poco después tomaba posesión de la habitación número 14.

Acercóse a la ventana y miró hacia la puerta de enfrente.

Vio a Rosalind a la puerta de su negocio.

Ella lo descubrió a él en la ventana y dio un suspiro de alivio.

Benny le dirigió una sonrisa.

El chinito Kuang llegó corriendo hasta la joven y se puso a explicar algo.

Ella volvió a mirar a la ventana del hotel tras la que se encontraba Benny e hizo una señal afirmativa. Quería decir que el negocio del traspaso iba por buen camino.

CAPÍTULO XIII

Lloyd Ballinger estalló en cólera.

—¡Maldita sea…! ¿Cómo han podido escabullirse?

Su capataz, Artie, estaba sentado en un sillón.

—He desparramado a cincuenta hombres por toda la comarca. No tienen ninguna salida, patrón. Los cazaremos.

De pronto llamaron a la puerta y Lloyd autorizó la entrada.

Quedóse perplejo al ver aparecer a uno de sus empleados. Norman, cubierto tan sólo con unos calzones que le llegaban hasta las pantorrillas. Detrás de él entraron dos hombres. Uno de éstos informó:

—Jefe, encontramos a Norman en este estado en la ladera del Monte Perdido.

Norman tragó saliva.

—No fue mía la culpa, jefe. Benny Nelson me quitó la ropa.

Los ojos de Ballinger brillaron furiosamente.

—¿Qué estabas haciendo cuando te sorprendieron, Norman?

—Los apuntaba con mi rifle. Pero ese Nelson me arrojó la bolsa con las ostras y luego me dejó sin sentido.

—¡Maldito bastardo! —Lloyd sacó el revólver.

—¿Qué va a hacer, jefe?

—Voy a poner mi firma en tu piel.

—¡No, patrón!

Ballinger apretó el gatillo ininterrumpidamente hasta que su cilindro quedó agotado.

Norman salió disparado hacia la puerta y los hombres que había detrás se apartaron para dejarle paso libre.

Norman se desplomó fuera de la habitación sin emitir un grito de protesta porque ya estaba muerto.

Luego el silencio fue roto por el propio Lloyd.

—Bien, muchachos —repuso la munición del cilindro—. No quiero ningún otro fallo. ¿Lo oís todos?

El capataz y los otros dos hombres movieron la cabeza en sentido afirmativo.

—Buscad a esos hijos de perra. Buscadlos hasta debajo de las piedras. Tenéis que dar con ellos… ¡Me respondéis con vuestra vida!

Los dos hombres que habían acompañado a Norman salieron precipitadamente de la estancia.

El capataz cerró la puerta.

—Caerán en nuestras manos, Lloyd. Ya se lo he dicho.

—Ese Benny Nelson es listo. Apuesto a que él y los otros dos están ya muy lejos de aquí… Pero se equivocan si creen que se van a salir con la suya.

Lloyd se acercó a la mesa y miró las diez perlas que estaban sobre el paño. Tomó una de ellas y la alzó para observarla bien.

—Son maravillosas.

—Si, Lloyd… He visto perlas, pero no se podían comparar con éstas. *El Sincero* John poseía un verdadero tesoro.

—¡Será mío! —rugió Ballinger.

La puerta se abrió de golpe y el antiguo marinero Harold Royce entró en la estancia. Al ver las perlas que Lloyd tenía en la mano agrandó los ojos.

—¡Dios mío! ¡Lo ha conseguido! ¡Mis perlas…!

Se acercó rápidamente a la mesa y, después de echar una mirada a las nueve perlas, observó a Ballinger.

—¿Dónde están las demás?

—Benny Nelson se largó con ellas.

Harold entrecerró los ojos.

—Me está engañando, señor Ballinger.

—¿Qué dice?

—Quedamos en que iríamos al cincuenta por ciento en el negocio.

—Sí, es lo que te dije.

—Me corresponden cuarenta y cinco perlas. ¿Lo oye? Cuarenta y cinco.

—Está bien, Harold —dijo Lloyd, y desenfundó de nuevo el

revólver.

Harold retrocedió al ver el arma.

—¿Qué pretende hacer, señor Ballinger?

—Quiero cumplir mi palabra. Ésta también es un 45.

—Hablaba de perlas, no de un revólver.

Lloyd soltó una risotada.

—Para el caso es lo mismo.

Harold siguió retrocediendo hacia la pared.

—De acuerdo, señor Ballinger.

—¿De acuerdo en qué, Harold?

—Me contentaré con esas diez perlas.

—¿Sabes lo que pasaría si te diese las diez perlas? Te lo llevarías todo porque es lo único que tengo. Te dije la verdad antes. Benny Nelson se llevó el resto.

—Bueno, me conformaré con cinco.

—Te voy a decir una cosa. Harold. Todas las perlas vendrán a parar a mí. ¿Lo oyes? Todas.

—Entonces, ¿qué significan cinco para usted?

—Te has puesto muy en razón, Harold.

El ex marinero forzó una sonrisa.

—Siempre he sido un hombre muy humilde…

—Tú eres un hijo de perra, Harold.

—No diga eso, señor Ballinger.

—Si yo te dejase salir de aquí con vida, y con tus cinco perlas, las invertirías en comprar a una manada de forajidos. Luego te llegarías aquí para recuperar lo que te crees que te pertenece.

—¡No haré eso! ¡Lo juro!

—¿Por qué voy a correr un riesgo inútil, Harold?

Gruesas gotas de sudor resbalaban por la cara de Harold. Cada vez sentía más seca la garganta.

Se dio cuenta de que por mucho que rogase, aquel hombre, Ballinger, no tendría piedad de él.

Entonces se agachó rápidamente y tiró del revólver.

Pero Ballinger estaba atento a todos los movimientos de su víctima y empezó a apretar el gatillo.

Harold recibió el primer plomo cuando todavía no había acertado a desenfundar.

Se fue hacia atrás con la posta en el pecho y allí, recostado en el

suelo, recibió las demás balas.

—¡Asesino! —gritó en la antesala de la muerte. Luego todo su cuerpo se relajó quedando inmóvil.

Lloyd miró el cadáver atentamente y de pronto se echó a reír.

—¿Qué te parece, Artie?

—Se ha superado, patrón.

—Ese estúpido creyó que yo le iba a dar la mitad de las perlas. ¿Por qué habrá gente tan ingenua en el mundo, Artie…? ¿Por qué?

—La respuesta es demasiado profunda para mí, jefe —dijo Artie.

Lloyd rió con más fuerza.

—Tienes buenas ocurrencias, capataz. Palabra que sí.

En aquel momento se oyó una galopada lejana y los prestaron atención.

Artie, conforme a su costumbre, corrió a la ventana.

—¡Jefe…! ¡Es maravilloso lo que estoy viendo!

—¡Cuéntalo, maldito sea…!

—Nuestros hombres los traen prisioneros… y uno de ellos, Addington, levanta una bolsa.

—¡Las otras perlas!

—Está claro, como el agua, jefe.

—Me gustará mucho ahora hablar con Benny Nelson.

—Oiga, jefe, creo que eso no lo podrá hacer.

—¿Cómo?

—Veo al viejo Kiff y al otro buzo; ya sabe, al grandote… Pero no está Benny.

Lloyd cerró los puños rabioso.

—¡Maldita sea! ¿Por qué lo habrán dejado escapar?

—Ahora lo sabremos.

Transcurrieron unos minutos y al fin la puerta se abrió y el viejo Kiff y Pat fueron introducidos en la estancia a trompicones. Detrás de ellos irrumpieron varios hombres. El más alto de ellos traía la bolsa.

—¿Dónde los encontrasteis, Addington? —preguntó Lloyd.

—Iban camino de La Cadena.

—¿Y Benny Nelson?

—No estaba con ellos.

—¿Dónde ha podido ir?

—Hasta ahora no lo han dicho.

Lloyd rió suavemente.

—Bien, lo dirán. Pero déjame que vea primero esas perlas, Addington.

El hombre vació el contenido de la bolsa sobre la mesa.

Ballinger tomó un cuchillo y una de las ostras. La abrió fácilmente y ante sí vio las cinco perlas que encerraba.

—Sí —dijo sonriente—. Son las hermanas gemelas de las que ya tenemos.

Abrió las demás ostras hasta tener ante sí las noventa perlas.

—Habéis hecho un buen trabajo, chicos.

El viejo Kiff se frotó las manos.

—Bueno, señor Ballinger, ya tiene lo que quería. Nosotros nos vamos…

Pegó con el codo a Pat y los dos se volvieron para marcharse.

—¡Quietos ahí! —gritó Ballinger.

Los dos amigos de Benny se volvieron con cara de circunstancias.

—¿Qué le pasa, señor Ballinger? —preguntó Pat.

—¿Dónde está tu amigo Benny?

—Oh, sí, mi amigo Benny. Me dio recuerdos para usted.

—¿De veras?

—Me dijo que le trajese las perlas porque él ya no tenía ningún interés en ellas.

—Vaya, ésa es una buena noticia.

—¿Verdad que sí, señor Ballinger? Benny es un muchacho con mucho carácter.

—Bueno, amigo Pat, me vas a hacer un favor ahora.

—Diga, señor Ballinger, ya puede contar con ello porque yo soy un hombre que le aprecia mucho.

—Dime dónde está Benny para transmitirle mis gracias personalmente.

—Le daré muy gustoso la dirección si es para eso, señor Ballinger.

Lloyd sonrió a sus sicarios. Les estaba dando una lección sobre el arte de engañar a un enemigo.

—Anda, Pat. Dime dónde está Benny.

—Sólo tiene que tirar hacia el norte.

—Al norte —repitió Lloyd—. Quiere decir que ha ido por el

desierto…

—Sí, señor. Ésa es la dirección. Pero le aconsejo que se lleve usted un abrigo de pieles.

—¿Un abrigo de pieles en el desierto?

—Es que mi amigo se dirige a Alaska.

El viejo Kiff soltó una risotada, pero la cortó en seco cuando Ballinger le fulminó con la mirada.

Lloyd apretó las quijadas.

—De modo que has querido embromarme, ¿eh?, perro bastardo.

Pat saltó sobre Ballinger y lanzó un grito de triunfo al lograr atenazarle por el cuello.

—¡No le diré, dónde está Benny aunque me fuese en ello la vida! ¡Vamos, señor Ballinger, enseñe la lengua, la tiene muy sucia…! ¡Un poco más!

El capataz Artie y otro hombre se habían arrojado sobre Pat para apartarle las manos de la garganta de su jefe, el cual estaba enrojeciendo por momentos.

Artie sacó el revólver y golpeó la cabeza de Pat. Éste se vino abajo desmayado.

Lloyd le pegó tres patadas en los riñones y en el bajo vientre.

—Maldito tipejo… Ha estado a punto de ahogarme… Se arrepentirá de ello. Lo prometo.

El viejo Kiff se estaba achicando en un rincón.

—Eh, tú, abuelo —lo señaló Lloyd con el dedo—. Dime dónde está Benny Nelson o también te la ganas.

—No sé nada… ¡Yo no sé nada!

—De modo que ésas tenemos, ¿eh? Está bien, Artie. Pégale una paliza a ese condenado viejo.

—¡No! ¡No me toquen! —chilló Kiff.

A una señal del capataz, dos hombres se arrojaron sobre Kiff.

El viejo se puso a patalear.

—¡Ya tienes las perlas, bastardo…! ¿Por qué ha de matar al pobre Benny? Él es una buena persona… No sé dónde está Benny… ¡No lo sé!

La puerta del despacho se abrió sin que nadie llamase y el *sheriff* Bronco Page dijo desde el hueco:

—No tiene que preocuparse, señor Ballinger. Yo sé dónde está Nelson.

CAPÍTULO XIV

Benny terminó de peinarse frente al espejo.

Había pasado tres horas durmiendo y sentía hambre.

Se puso el sombrero tomó el rifle de junto a la pared y se dirigió hacia la puerta.

Dio la vuelta a la llave y abrió.

Quedó inmóvil a los dos hombres que estaban en el corredor. Cada uno de ellos tenía un revólver en la mano.

Uno era muy alto de tez morena y ojos negros, el otro muy bajo, de cabello rojizo.

—¿Qué pasa? —preguntó Benny.

Fue el alto quien contestó:

—Nos envía Lloyd Ballinger, Nelson.

—Vaya. Es una verdadera sorpresa.

—Le vamos a dar matute aquí mismo, Nelson —siguió hablando el alto.

—¡Oh, no! —sonrió el joven—. No podéis hacer eso, muchachos.

—¿Por qué no?

—Si me matáis, Ballinger se quedará sin las perlas.

Los dos pistoleros a sueldo rieron.

—¿Qué te parece, Addington? —dijo el pelirrojo—. Benny Nelson ha pensado en todo.

—Claro que sí. Ha probado ser un muchacho muy listo.

—Ahí lo tienen, chicos —asintió Benny.

—¿Dónde están las perlas, Nelson? —preguntó Addington con voz irónica.

—Las tengo aquí, en el cuarto.

—¿Debajo del colchón quizá?

—Seguro. ¿Cómo lo acertaste?

—Está bien, Nelson —dijo Addington continuando la broma—. Retroceda sin volverse. Vamos a echar un vistazo a ese colchón —guiñó un ojo a su compañero.

Benny se dio cuenta de que aquellos dos fulanos eran muy malos comediantes. Addington y el otro sabían que él no tenía las perlas. Lo cual sólo quería decir una cosa; que el viejo Kiff y Pat habían caído en manos de Ballinger. Los dos matarifes sólo le estaban dando cuerda para prolongar su agonía.

Pero todo eso lo pensó sin dejar traslucir sus conclusiones.

Retrocedió tal como le había sido ordenado mientras esbozaba una sonrisa.

Addington y el pelirrojo entraron en la estancia y fue el último quien cerró la puerta ayudándose con la bota.

—Anda, Nelson —dijo Addington— levanta ese colchón y saca las perlas.

—Está bien, he perdido —dijo.

Calculó que cuando él se agachase sobre el colchón, los tipos apretarían el gatillo, pero al no tener el rifle en la mano quizá lo demorasen un rato más.

Se acercó al borde de la cama, cogió el colchón y tiró de él.

Pero entonces hizo algo más por su cuenta.

Dio una vuelta sobre sí mismo atrayendo el colchón sobre sí y con la otra mano atrajo el rifle.

Todo eso lo estaba haciendo mientras rodaba escudándose en el colchón.

Los primeros estampidos partieron de las pistolas de los forajidos, pero una fracción de segundo después Benny estaba disparando su rifle con la cabeza colgando por el otro lado de la cama.

Las balas de los asesinos se enterraron en el colchón.

Addington fue alcanzado por una posta en la barbilla y eso resultó muy malo para él porque la mitad del hueso se le fue por los aires.

Lanzó un aullido de dolor y empezó a desplomarse.

El pelirrojo retrocedió al ser alcanzado por una bala en el pecho.

Instintivamente, levantó la mano y las restantes balas que envió picotearon en la pared y en el techo.

Luego empezó a arrugarse lentamente y por último golpeó la

cara contra el piso de madera.

Nelson se descolgó por la otra parte de la cama y se puso en pie.

Se había librado de una buena.

Agachóse para que no fuese visto a través de la ventana y acercóse a la puerta, la cual abrió con lentitud por si había un enemigo en el corredor.

Saltó fuera quedando en cuclillas mirando a un lado y a otro, con el rifle a punto de disparar.

No; allí no se veía a nadie.

Se deslizó sigilosamente hacia la escalera. Asomó la cabeza y vio abajo a dos hombres, pero ellos también le vieron a él y echaron mano a los revólveres.

Nelson saltó sobre la barandilla e hizo dos disparos consecutivos.

La cara de uno de los forajidos se convirtió en una máscara de sangre y de extrañas sustancias.

La otra bala penetró por las fosas nasales del segundo tipo y su cabeza se dobló como si hubiese sido decapitado por una cuchilla invisible.

Los dos quedaron en el suelo y después de estremecerse unos instantes se relajaron.

Todo había sucedido tan aprisa que el empleado de los bigotes de morsa no había tenido tiempo para esconderse tras de su pupitre.

—¡Dios mío! —exclamó cuando pudo recuperar el habla—. ¡Y lo llaman *el Silencioso*!

Benny bajó la escalera moviendo el rifle hacia el vestíbulo. Allí había unos cuantos sillones y tras de ellos podía estar parapetado un hombre.

Al llegar abajo se detuvo, escuchando tan sólo los latidos de su corazón.

El empleado del receptorio dijo:

—No busque aquí más enemigos porque no los hay.

—¿Está seguro?

—Se lo puedo jurar por mi madre.

—¿Cuál es su nombre, amigo?

—Autry, Dick Autry.

—¿Se llegó por aquí Ballinger, Autry?

—No, señor. Solamente vinieron esos cuatro hombres. ¿Qué ha

hecho con los otros dos?

—Se empeñaron en recibir el boleto.

Dick Autry tragó saliva.

—¿Quiere decir que… los mandó al infierno?

—Si, Autry. Y allí deben estar muy calentitos —contestó Nelson mientras caminaba hacia la ventana.

—Por lo que más quiera, señor Nelson. A partir de hoy, este hotel va a tener muy mala fama…

—Ni usted ni su patrón conocen la psicología de la gente anuncien que aquí se desarrolló una buena masacre y será el hotel más concurrido de la ciudad.

—¿Está seguro?

—Pruebe y verá.

Nelson miró hacia el negocio de Rosalind. No vio ninguna luz en el interior.

—Tienen ustedes un *sheriff* muy raro, Autry —dijo.

—¿Por qué lo dice?

—Ha sobrevenido aquí un tiroteo y él no aparece.

—Ocurren muchas cosas raras con respecto al *sheriff* señor Nelson.

—Quizá vaya siendo hora de que todo se normalice en Lake City —repuso Nelson y se dirigió a la puerta—. Hasta luego, señor Autry.

—¿Es que va a salir a la calle, señor Nelson?

—No me queda más remedio, Autry.

Se plantó en la acera y miró hacia las esquinas de donde le podía llegar una bala cuándo menos lo esperase.

La calle estaba solitaria, silenciosa.

Respiró profundamente y echó a correr cruzando la calzada de una parte a otra.

Fue entonces cuando tuvo la impresión de que el mundo estallaba en pedazos.

Desde varias esquinas hicieron fuego cruzado.

Apenas oyó el primer estampido, se arrojó al aire contorsionándose para que su figura no sirviese de blanco fijo en ningún momento.

Cuando golpeó contra el suelo, continuó rodando porque se dio mayor impulso y de esa forma pudo llegar al callejón al que daba

una de las paredes del negocio de Rosalind.

De bruces en el suelo, disparó sobre los dos hombres que veía en las dos esquinas que flanqueaban al hotel.

Uno de los tipos abrió los brazos en cruz y se derrumbó en el polvo.

El otro fue alcanzado en un ojo. Giró como una peonza y se puso a revolcarse en el suelo lanzando terribles aullidos.

Ahora se oyó la voz de Lloyd Ballinger.

—¿Lo habéis dejado listo, muchachos?

Uno de los hombres le contestó desde su refugio en la calle, un poco más arriba:

—No, señor Ballinger, ese hijo de perra todavía sigue vivo.

—¡Malditos seáis todos!

Nelson sintió un escalofrió porque Lloyd había hablado desde el interior del negocio de Rosalind.

Mordióse el labio inferior mientras pensaba. De pronto recordó que ella tenía instalada allí su maquinaria y que por lo tanto debía haber una puerta trasera.

Se puso en pie y echó a correr junto a la pared, hacia el fondo del callejón.

Llegó ante la puerta y forcejeó para abrirla, pero estaba cerrada con llave.

A la izquierda había un árbol cuyas ramas estaban secas. Justo una de ellas sobrevolaba la parte interior de la casa de Rosalind.

Trepó arriba, no sin dificultad por causa del rifle. Luego se deslizó por la rama. Ésta crujió amenazando partirse.

Tuvo que quedarse unos segundos quieto.

Entonces continuó su camino, lenta, muy lentamente.

Cuando la rama se quebró, él salió hacia la otra parte.

Quizá se hubiera roto un hueso de no haber sido por un montón de ropa sucia que había en aquel lado.

Bajo un cobertizo se ubicaba una de las máquinas.

El chino Kuang estaba acuclillado en un rincón.

Nelson se llegó hacia él y el chino le miró con temor.

—Oye, Kuang, He venido a salvar a tu patrona.

—Está con el señor Ballinger ahí dentro. Yo pude escapar cuando vi que la estaba amenazando. Ella le explicó que quería traspasar el negocio para irse con usted. El señor Ballinger le dijo

que ella sólo se casaría con él porque usted se iba a ir derechito al cementerio.

—¿Cómo puedo entrar sin que noten mi presencia?

—Tengo una llave.

—Bendito seas, Kuang. Dámela.

Nelson, con la llave en la mano, subió la escalera.

Abrió sin hacer ningún ruido y se coló en el interior cerrando tras de sí. Todo estaba muy oscuro.

Caminó por un corredor.

Se detuvo ante la habitación que comunicaba con el porche.

Algo se movió a la derecha y se agachó rápidamente justo cuando se producía el disparo.

Nelson apretó también el gatillo y oyó un grito de agonía. Identificó al que estaba muriendo. Era el *sheriff* Bronco Page.

Rosalind lanzó un grito y él se revolvió hacia aquel lado.

La joven se arrojó al suelo escapando del alcance de Ballinger.

Los dos hombres quedaron enfrentados y ambos tenían un arma en la mano. Ballinger el «Colt», Nelson el rifle.

Fue Nelson quien apretó el gatillo dos veces.

Lloyd hizo disparo cuando ya tenía los dos plomos en el cuerpo y falló la puntería.

Luego comenzó a arrugarse.

—¡Usted…! ¡Usted. Nelson…! ¡Váyase a…!

Pero no pudo terminar la frase porque se desplomó sin vida sobre el piso.

Rosalind corrió al lado de Benny y se estrechó contra el pecho varonil.

—¡Oh, Benny…! Estás vivo… ¡Vivo!

Él la besó en el cabello y en la boca.

La puerta se abrió de golpe y Nelson se apartó de la joven levantando el rifle para disparar.

En la estancia penetraron el viejo Kiff y Pat.

—Bueno, chicos. Nos han soltado y han huido.

—Pero ¿y las perlas? —preguntó Benny.

Rosalind se volvió señalando una valija que había sobre la mesa.

—Las trajo Ballinger para encandilarme.

—Vámonos de aquí —dijo él.

Salieron al porche y entonces Benny Nelson tomó a la joven por

la cintura y la atrajo contra sí.

—Rosalind, ¿qué quieres que haga con mi parte en las perlas?

—¿Has tenido alguna duda? ¡Un collar para mí!

Benny movió la cabeza mientras decía filosóficamente:

—Lo que cuestan las joyas de las mujeres…

Ella rió y echándole los brazos al cuello le besó en la boca.

FIN